

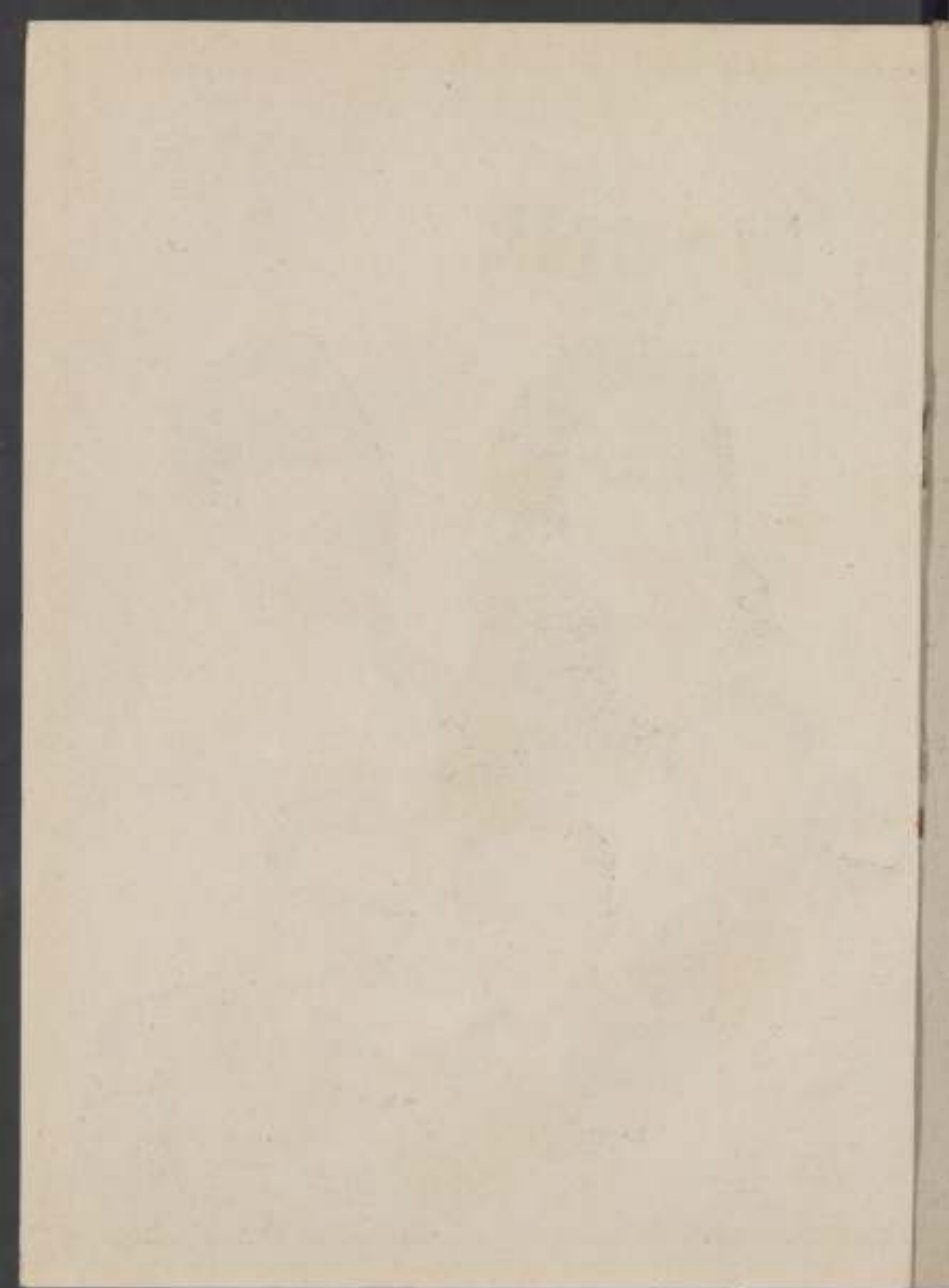
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS *serie especial.*

UNA CANCION *en la* NOCHE

★ DOMINGO SOLER
ANTONIO BADÚ
AMANDA LLANO

y
TRIO CALAVERAS.







UNA CANCION
EN LA NOCHE



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAQUER

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfono 70657
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbora, 14, Barcelona - Tormera, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. 128

NUM. 377

UNA CANCION EN LA NOCHE

Esta es la historia de dos hombres que lucharon arduamente por defender la inocencia de la mujer que amaban. Y bajo el incomparable cielo azteca un fondo de duras pasiones y de tenebrosas intrigas entre la pureza de un gran amor, da lugar a un drama tan crudo y real como la vida misma.

Película distribuida
por

HISPANO
MEXICANA
FILMS, S. A.



Dirección general:
Avenida José Antonio, 66
MADRID

Sucursal:
Calle de Provenza, n.º 282
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Antonio Badú
Amanda del Llano
Domingo Soler

Director :

René Cardona

Narración literaria por
Norma Alas

UN AMOR TRUNCADO

Era un atardecer otoñal y, en él, el paisaje azteca se presentaba en toda su incomparable exuberancia. Grandes nubes algodonosas coronaban el horizonte cegando los últimos rayos del astro rey, y por la carretera polvorienta festoneada de robustos árboles y de verdes matorrales avanzaban lentamente varios centenares de cabezas de ganado conducidas por los peones de la hacienda de don Agustín.

Las reses, arreadas por los hombres a caballo, quienes de cuando en cuando atronaban el aire con sus estentóreos gritos, deteníanse algunas veces a husmear los arbustos que limitaban los vecinos sembrados, y entonces restallaban los látigos de los peones entre los mugidos de los animales ya cansados tras de la interminable jornada.

Tras del ganado venían algunas carretas llenas de mozas, y en una de ellas brillaba con luz propia la belleza de Teresita, una muchacha de negra cabellera que se desparramaba sobre sus bien torneados hombros, y cuyos ojos, dulces y acariciadores como un suspiro de amante, dejaban imborrable recuerdo en quien los mirara una sola vez. El grácil cuerpo de la doncella maravillosamente modelado y dotado de una gentil elegancia nada tenía de la tosquedad campesina ni de las zafias maneras de las gentes acostumbradas a trabajar la tierra; al contrario, más bien hubiérase afirmado, al verla, que aquella muchacha procedía de

familia acomodada al advertir la suave distinción que emanaba de cada uno de sus gestos.

Y en esto mismo pensaba seguramente Alfonso, un joven y apuesto vaquero, que arreando el ganado distraídamente, cabalgaba en su alazán manteniéndose al nivel de la carreta de Teresa.

Alfonso conocía a la joven desde su infancia, y siempre se había sentido atraído por aquel dulce mirar y aquella incomparable ternura que hacía adivinar un tesoro de feminidad y de comprensión en aquella mujercita.

Y no cabía duda de que Teresa se daba cuenta de la admiración que despertaba en el gallardo Alfonso, y que por su parte no sentía el menor desagrado ante aquel sentimiento que nada tenía de censurable. Alfonso era un mozo apuesto y honrado, que si bien no contaba con otro patrimonio que su trabajo, había de ser capaz de hacer feliz a cualquier mujer; y los muchos años de convivencia y de continuo trato en la hacienda de don Agustín habían convencido a Teresa de la rectitud de sus intenciones y de la bondad que había en cada uno de los actos de Alfonso.

Por eso, cuando acompañado por las alegres guitarras de los peones que se encontraban en otra carreta, Alfonso, con bien timbrada voz, empezó a cantar una copla alusiva a la joven, mientras la contemplaba amoroso; ella le dejó hacer sonriente y afable, y cuando él hubo terminado, contestóle con picardía por medio de otra copla adecuada.

Alfonso entonces notó cómo su rostro se iluminaba, y acercándose más a la carreta de Teresa, cantó los siguientes versos, sintiendo cómo la emoción hacía más bella la canción:

Yo no creía en los milagros
y hoy los tengo que creer.
Vinieron los Reyes Magos
y me dieron un querer.
El más bonito milagro,
quererte siempre, mujer...

7

Los demás peones corearon el final de la estrofa con sus alegres gritos, y las muchachas guiñaron los ojos con cierta malicia al descubrir las tiernas miradas de ambos jóvenes. Pero reaccionando de pronto, Teresa cantó así:

Los magos son hechiceros
y en ellos no hay que confiar,
pues los hay muy traicioneros
que gozan con engañar,
con términos lisonjeros
para después castigar...

Alfonso movió la cabeza irónicamente mientras negaba, y seguido de una enojada mirada de Teresa, espoleó su caballo al percatarse de que ya se encontraban muy cerca del patio de la hacienda.

La obscuridad se acentuaba cuando carros y ganado penetraron por el ancho portalón. Y seguramente que aquella sonrisa con que los jóvenes se habían despedido momentos antes habría desaparecido de sus rostros si se hubieran podido enterar de la conversación que a su llegada estaban sosteniendo en el despacho de la hacienda don Agustín, el amo; Eduardo, su sobrino, y el buen doctor Sandoval.

Don Agustín era un hombre ya cuarentón, pero lleno de vitalidad, cuyo rostro acusaba una indudable bondad. Sus ojos revelaban firmeza, pero nadie habría podido descubrir en ellos el más pequeño indicio de crueldad. Tenía un seguro concepto de su poder y su autoridad, pero jamás se había excedido al tratar a sus inferiores; por eso gozaba en la hacienda de una general estimación por parte de todos sus empleados. Hacía justicia cuando era necesario, pero siempre su bondad templaba los rigores, y él mismo decía que valía más saber perdonar que saber castigar.

El doctor Sandoval era un hombre que frisaba en los sesenta, pero que aun se conservaba fuerte a pesar de los años. De baja estatura, su bigotazo entrecano proporcionaba a su rostro cierto tono de dureza; pero bastaba mirar aquellos ojos claros y siempre animados por un puntito de ironía para comprender que tenía un alma grande y generosa.

No sucedía lo mismo con Eduardo, el sobrino de don Agustín, hombre joven y gallardo que desempeñaba en la hacienda el cargo de administrador entre el general descontento de los peones, que veían en él el único tirano que se complacía en inflin-

gir castigos y en propinar denuestos a la menor ocasión sólo por el morboso placer de hacer sentir sobre los demás el peso de su autoridad despótica.

En el instante en que penetramos en el despacho, Eduardo contemplaba fijamente a su tío, y tras un breve silencio, dijo encogiéndose de hombros:

—Bueno... Hágase tu voluntad... Pero conste que es una locura...

Don Agustín dió un paso hacia Eduardo y con gesto pensativo respondió:

—Mira, Eduardo... ¡Razones de peso son las que yo quiero!... Que es una locura si se piensa fríamente, eso ya lo sé...

—¿Cómo no ha de ser una locura que un hombre cargado de años y de fatigas quiera casarse con una mujer que puede ser su nieta!...

El rostro de don Agustín se oscureció un momento, como si en su cerebro pesaran por un segundo las razones que se oponían a su proyecto; pero triunfando por encima de ellas, continuó diciendo:

—Pero, ¿qué quieres... Pienso que Teresa puede endulzar los pocos años que me quedan de vida... Y si no puedo hacerla feliz, al menos, cuando yo muera, será rica y podrá encontrar sin preocupaciones la dicha que no tuvo a mi lado... ¿No lo crees tú así?—añadió, dirigiéndose al doctor.

—Así lo creo... Además —siguió con un gesto de picardía— ya conoces mi terapéutica. Al enfermo, lo que pida. ¿Que quieres casarte?... Pues cástate en hora buena y al diablo las preocupaciones y los prejuicios.

Eduardo lanzó al doctor una mirada de odio reconcentrado, y con disimulada amargura dijo:

—Parece mentira, doctor. Yo lo consideraba un hombre de juicio más sereno y creí que me ayudaría a que mi tío desistiera de ese... capricho.

—Pues, siento haberte desilusionado.

—Yo también lo siento—repitió Eduardo con despecho—. Pensaba que era usted mejor consejero.

Entonces se produjo en el médico una insospechada reac-

ción, mientras cabizbajo, don Agustín les dejaba hablar sin intervenir.

—Creo, Eduardo—siguió Sandoval, acercándosele—que cuando se trató de ti no fui tan malo. Después que gastaste el último centavo en puras parrandas escribiste a tu tío pidiéndole protección. Teniendo en cuenta la vida que habías llevado en México, Agustín no estaba dispuesto a darte la menor ayuda, y yo le convencí de lo contrario y le aconsejé que te diera el puesto de mayor confianza, el de administrador de esta hacienda, para que demostraras si era sincero tu deseo de cambiar de vida.

Agustín asintió:

—Todo esto es muy cierto, Eduardo.

—Y ustedes—se revolvió el aludido—, ustedes dirán si respondí a esta confianza.

Y entonces fué el médico quien, suavizando su expresión, exclamó:

—No se trata de eso ahora. Se trata de que no te metas a calificar si soy bueno o mal consejero.

Se produjo una larga pausa y por espacio de varios minutos no sonó una sola palabra en el espacioso despacho, pausa que Eduardo rompió finalmente con un hondo suspiro que parecía denotar que se apeaba de su anterior criterio.

—¡Está bien!—convino—. Es posible que ustedes tengan razón y que ese matrimonio no sea tan descabellado como yo pienso. Pero hay otra cosa que a mí me parece completamente fuera de lo normal...

—¿Qué es ello, sobrino?

—Pues, sencillamente, que no se ha consultado para nada la opinión de la muchaca...

Sandoval sonrió.

—Bah, bah, la muchacha estará conforme... Es su bienestar y su tranquilidad. Y sobre todo el bienestar y la tranquilidad de su padre, que es lo que ella desea más en el mundo...

La expresión de Agustín se hizo más grave al hablar acto seguido:

—Ya he mandado llamar a Antonio, y en cuanto termine su quehacer vendrá para que charlemos... Si a él le parece bien mi

proyecto, que hable con Teresa, y cuanto antes nos casemos, mejor...

Pero Eduardo aun no había cedido del todo; y así lo reveló cuando con cierta intención lanzó las siguientes palabras:

—Naturalmente, usted la quiere, tío.

—Naturalmente, la quiero. ¡Lo suficiente como para hacerla mi esposa! Comprenderás que por mi parte no hago un matrimonio de conveniencia. Y Teresa contará no sólo con mi cariño, sino con todo mi apoyo moral y material para que pronto pueda convertirse en una verdadera señora.

Eduardo se había reservado hasta aquel momento su último cartucho, y creyó llegado el instante de emplearlo cuando dijo:

—¡Pues lo siento por el pobre Alfonso...!

—Oye, sobrino. Sobre este particular estoy completamente tranquilo. He tomado mis informes y sé que Teresa no tiene ningún pretendiente.

—No te ofendas, tío. Pero cuando a uña pareja joven se la ve a todas horas...

Sandoval no le dejó terminar.

—Pues estaría bueno que a estas alturas nadie se hubiera fijado en la muchacha con lo bonita que es...

Tras una ligera vacilación, Eduardo, convencido ya de la inutilidad de sus esfuerzos para desbaratar el proyecto de don Agustín, se levantó y salió del despacho diciendo:

—¡Bueno! Pues al rato, ya vendré a ver si me dan la noticia de que ya tengo una nueva tía...

Cuando se quedaron solos los dos amigos, Sandoval frunció el ceño, y poniendo amistosamente la mano en el hombro de Agustín dijo:

—No sé por qué se me figura que tu boda le ha sentado como un tiro a este muchacho...

—No hagas caso... Yo soy toda la familia que le queda a Eduardo. El quisiera verme tranquilo y feliz y puede que crea que después de casado no vaya a tener nada de eso... Está algo celoso porque otra persona viene a compartir con él mi afecto. Pero en cuanto vea que sigo queriéndole como siempre, que si-

que mandando y disponiendo en la hacienda como hasta ahora y que ella no le quitará nada, ya cambiará...

En aquel instante llamaron a la puerta y cuando don Agustín ordenó que pasaran, recortóse en el umbral la figura de Antonio, el padre de Teresa, hombre de avanzada edad y de bondadoso aspecto, que vestía el típico traje del campero mejicano.

Acogido con la máxima cordialidad por Agustín y Sandoval, sentóse entre ellos con cierta sorpresa.

—Antonio... Tenemos que hablar de algo muy importante.

—A sus órdenes, patrón.

—Primeramente, mi querido Antonio, quiero que me digas con toda franqueza qué opinión tienes formada de mí...

Azorado, y tras de unos segundos de perplejidad, Antonio balbuceó:

—Pues... qué quiere que le diga, patrón... Conmigo... siempre fué... buena gente...

Sandoval intervino:

—No es eso. Agustín quiere saber si le consideras un hombre de bien, decente, de buenas costumbres, algo así como eres tú, pongamos por caso.

—¡Ay, doctorcito...! Ojalá fuera yo como el patrón.

Entonces fué Agustín el que no supo por dónde empezar.

—Pues... verás... ya que me consideras un hombre cabal... espero... que también puedas considerarme un buen yerno.

—¿Yerno mío, patrón?

—Sí, Antonio. En el caso de que no haya ningún inconveniente, quiero casarme con tu hija Teresa. Te la pido formalmente en este momento. Piénsenlo los dos y denme una contestación lo antes posible.

El asombro de Antonio se trancó en franca estupefacción al oír las anteriores frases, y las únicas palabras que logró coordinar en contestación fueron las siguientes:

—Pero... ¡Yo, qué voy a decir!... Lo que usted quiera, lo que usted mande, patrón...

—Eso, no. En este asunto no hay patrón ni empleado. Consulta con la muchacha lo que te acabo de decir, y resuelvan lo que crean conveniente.

El médico, encarándose con Antonio, le espetó a bocajarro:

—¿No tiene ningún enamorado Teresita?

Indeciso, Antonio bajó los ojos y tardó algo en contestar:

—Que yo sepa, no... A la casa no va más que Alfonso, mi ahijado.

LA MALDAD TEJE SU INTRIGA

Precisamente en aquel momento estaban departiendo en la casa de Antonio su hija Teresa y el enamorado Alfonso. Ella, complacida de verse cortejada por el excelente muchacho, le trataba como un amigo más, sin dar demasiado pie a que él extremara sus atenciones. Pero, no obstante, bastaba ver cómo se miraban ambos jóvenes, aunque no hubiera la menor malicia ni doble sentido en sus frases, para comprender de una vez que se empezaban a querer, y que no habría de tardar el momento en que aquel amor, hasta entonces contenido y callado, se tradujera en una realidad más efectiva.

—Bueno, Alfonso—dijo ella, haciendo un gracioso mohín de pronto—. Ya es hora de que te vayas...

—¿Ya? ¿Nos veremos mañana?

—Bueno, nos veremos... ¿Quieres que te lo diga cantando?

—¡No, chula...! Que tienes mucho genio y te me alborotas... Pero ya te amansaré en cuanto seas mi mujer...

La ironía se reflejó en los bellos ojos de Teresa.

—¿Y de dónde sacas tú que voy a ser tu mujer?

Pero la pregunta quedóse sin contestación porque en aquel momento apareció en la puerta Eduardo, quien dirigiéndose secamente a Alfonso dijo:

—¡A ver si hay algo que hacer por ahí y no estás aquí perdiendo el tiempo!

—Ya me iba, patrón.

—Pues andando...

Una vez hubo partido Alfonso, Teresa se dedicó a limpiar la mesa sin levantar la vista. Y la expresión de Eduardo al encontrarse a solas con ella cambió por entero.

—A todo esto, buenas noches, Teresa.

—Buenas las tenga, patrón.

—¿No me invitas a tomar café?

—¡Cómo no, señor!... Voy a calentarlo...

Pero él la detuvo con un gesto, y cuando Teresa le sirvió la bebida Eduardo la dejó hacer, mirándola de forma poco tranquilizadora. Y cuando la joven se dispónia a marcharse él la retuvo.

—Siéntate... No voy a ser menos que el gañán que acaba de salir... Aunque yo sé que no soy santo de tu devoción... Pero... no le hace—añadió en voz baja—. Has de saber que yo siempre consigo lo que quiero.

—Ya le supliqué muchas veces que no me hablara así... —Y en el rostro de la joven se transparentó una expresión de firme dignidad.

—¡Bah!... Déjate de payasadas... Lo que pasa es que te gusta hacerte de papeles. Pero yo no soy ranchero... En Méjico tuve las mujeres a montones... Y todas mejores que tú... De manera que mira si te hago un favor de mirarte.

—No necesito favores de esta clase. Pierde el tiempo conmigo.

Como un reptil la miró Eduardo entonces. Y con un deje de enigma en su voz añadió:

—Quién sabe... Sobre todo de aquí en adelante que te voy a tener más cerquita. ¡Ah! Se me había olvidado darte la noticia. Tu padre vendrá dentro de un rato a preguntarte si quieres casarte con mi tío... ¡Con el mismo patrón!

Teresa se irguió sorprendida mientras él seguía explicando:

—Viviremos juntos como quien dice, y de lo que haya entre tú y yo nadie sospechará nada...

Teresa, con los ojos anegados en lágrimas, explotó:

—¡Cómo será usted tan mala persona!...

Un relámpago de ira brilló en los ojos del villano:

—Mucho cuidado con lo que dices... Vas a emparentar conmigo, pero para ti todavía soy el administrador...

Una sonrisa de desprecio contrajo los finos labios de Teresa:

—Ni crea que le tengo miedo... Le respeté demasiado hasta ahora porque no me daba cuenta de toda su maldad... Pero ya no me importa que me amenace...

—¡Por si acaso, ten cuidado!... Ningún trabajo me cuesta decirle a mi tío algo que pudiera desbaratar esta boda...

Abrumada ante el espectáculo de aquella reconcentrada maldad, Teresa rompió a llorar silenciosamente, mientras sus manos, nerviosas, torturaban su pañuelo.

—Márchese, márchese— murmuró con voz entrecortada—. Cuando venga mi padre yo sabré qué decirle...

Apenas había pronunciado la joven estas palabras, cuando se oyó el rumor de unos pasos que se acercaban, y Eduardo, con un cinismo saturado de hostia frialdad, aun tuvo tiempo de añadir:

—Aquí lo tienes... Puedes decirle lo que quieras... Yo me voy...

Antonio se sorprendió al entrar, tanto de la presencia de Eduardo, como del gesto compungido y casi doloroso de su hija, que ella no tuvo valor para disimular. Pero el administrador salió al paso de la situación dejando suponer al padre que acaba de dar a Teresa la noticia de sus próximos esponsales...

—Sí, hija mía— comentó Antonio, acariciando la negra cabellera de su hija—. El patrón es bueno y te quiere... Ya verás cómo tú llegas también a quererle.

Eduardo intervino con hipocresía:

—Es que tiene miedo de encontrarse extraña en la casa grande, y no se da cuenta de que allí, en todos va a encontrar el cariño que pueda desear.

Pero ya Teresa le estaba mirando fijamente con una expresión llena de firmeza:

—Sí, padre. Pero mejor quiero hablar con don Agustín... Si nos casamos, los únicos cariños que voy a necesitar son el de mi marido y el de mi padre. Los demás, con que me respeten ya es bastante...

Pero Eduardo sostuvo su mirada con aire burlón y provocativo, y disponiéndose a marchar repuso:

—Está bueno, mujer... Ya sé que para mí serás la patrona... Pero no creas —añadió, recalcando sus palabras— que por ese

se va a acabar la estimación que siempre te tuve... Creo que hasta será más grande desde que entres en la familia... ¡Hasta mañana!...

Al día siguiente, Teresa dió personalmente a don Agustín su contestación afirmativa. El patrón hizo anunciar su visita, y apenas mediada la mañana, presentóse ataviado de domingueras galas como requería la ocasión en la casa de la muchacha. Ella le recibió un tanto confusa i ruborizada sin atreverse a levantar los ojos del suelo y le hizo los honores, sintiendo cómo la mirada de Agustín la acariciaba dulcemente. Antonio no cabía en sí de gozo y se desvivía por atender al patrón que de aquel modo les honraba.

Al cabo de un rato el hielo se había roto y Agustín le había manifestado a Teresa sus pretensiones con aquel aire sencillo y sincero que le caracterizaba y que hacía que contara con el afecto verdadero de todos los que trabajaban a sus órdenes.

—Y eso es todo, Teresa—concluyó—. Vuelvo a repetir que no te ofrezco lo que no podría darte, es decir, ese cariño y esa ternura de los veinte años como tú habrás soñado muchas veces... Pero sí te digo que conmigo tendrás un afecto leal y sincero, sin que tenga otra pretensión que me correspondas en igual forma...

Ella levantó sus ojos y sonrió levemente:

—¡Sabré corresponderle, don Agustín!...

Una franca carcajada del novio resonó en la estancia.

—Bien, pero no me llames don Agustín, porque si no me vas a obligar a decirte doña Teresa, y cualquiera que nos oiga creerá que estamos siempre de sociales y personales...

Y con un respeto rayano en la adoración, Agustín acercóse a la muchacha, la atrajo hacia sí y la besó en la frente, mientras Antonio sentía que unos gruesos lagrimones rodaban por sus curtiditas mejillas.

Y cuando los dos hombres abandonaron la casa para arreglar inmediatamente las muchas cosas que hacían falta para la boda, Teresa, con un vacío muy grande en el alma, suspiró largamente y pensó que por lo menos podría lograr que la vejez de su buen padre transcurriera apacible y tranquila como el siempre había merecido.

Aquella noche, frente a la ventana de Teresa, se oyó un prolongado rasgueo de guitarras que interpretaban una canción dulce y melodiosa, arrulladora y tierna, una canción que llenaba el alma.

Pero la ventana de Teresa no se abrió, y el cantor hubo de alejarse de aquel paraje con un dolor inexplicable, royendo su corazón.

Lo que él no sabía, ni llegaría jamás a saber, es que Teresa había escuchado su canción tras de la cerrada ventana, mientras de sus ojos iban brotando silenciosamente unas cristalinas lágrimas que eran purísimas ofrendas a un sentimiento que su deber le obligaba a olvidar para siempre.

LA BODA

La blanca fachada de la iglesia del lugar parecía adornada como para las grandes ocasiones. Los peones y las muchachas del lugar vestían aquella mañana sus mejores galas y en los rostros de todos adivinábase que aquél iba a ser un día de fausto en los anales de la hacienda. De pronto las conversaciones cesaron y un murmullo de admiración se elevó de todas las bocas.

Allí, al fondo de la plaza, apareció Antonio llevando a Teresa vestida de novia. La suave belleza de la joven se hacía más patente que nunca aureolada por la blancura del traje adornado con riquísimos encajes; y el velo nupcial que cubría en parte su rostro no conseguía eclipsar el maravilloso brillo de aquellos ojos oscuros a los que toda un alma se asomaba.

Tras de los dos marchaba Agustín sonriente y satisfecho como nunca, repartiendo sonrisas y saludos a diestro y siniestro, mientras el doctor, enfundado en un solemne levitón, no podía contener una sonrisa de contento al darse cuenta de la felicidad que irradiaba el rostro de su querido Agustín.

Llegaba la comitiva a la amplia escalinata de la iglesia entre los aplausos de los circunstantes, cuando de pronto una guitarra sonó y de entre un grupo de peones destacóse Alfonso y empezó a cantar.

Hubo un movimiento de general expectación. Algunos cambiaron miradas entre alarmadas y comprensivas, otros observaron si el rostro del novio denotaba algún cambio, y ellas, por fin, escudriñaron con cierta malicia la expresión de Teresa, quien como todos los demás componentes del cortejo se había detenido y aguardaba la canción del joven peón.

La canción de Alfonso destilaba sufrimiento, y en cada uno de sus versos Teresa podía adivinar sin esfuerzo el tormento que agitaba su corazón.

Sin embargo, Agustín tomó aquello por un homenaje más, y sonreía satisfecho sin darse cuenta de cuál era su verdadero significado.

Cuando acabó de cantar, Alfonso tenía los ojos llenos de lágrimas y hubo de bajar la cabeza para ocultar su emoción, mientras la comitiva reanudaba su camino hacia el interior de la iglesia seguida de todo el pueblo.

Aquella noche, Alfonso, incapaz de contener su dolor, refugióse en la cantina del lugar y fué bebiendo copa tras copa hasta que su entendimiento se nubló y perdió toda noción de realidad.

Algunos mozos crueles se complacieron haciéndole beber más y más, entre codazos y significativos guiños, y cuando terminó de canturrear el pobre muchacho, se felicitaron por la diversión que les prometía la noche.

No ignoraban cuál debía ser el estado anímico de Alfonso, y así, cuando éste les propuso ir a felicitar a los novios, todos asintieron entre grandes carcajadas, esperando acontecimientos bastante ruidosos.

En la hacienda, el banquete nupcial tocaba a su fin, y don Agustín creyó llegado el momento de agradecer a todos los presentes sus muestras de afecto y simpatía.

Un poco emocionado, solicitó silencio y acto seguido habló así:

—Amigos míos... Gracias por haberme acompañado en este día que es el más feliz de mi vida... Gracias también en nombre

de la que ya es mi esposa, y a quien ruego que consideren desde hoy en adelante como dueña y señora de mi casa y de mis bienes...

Una extraña algarabía interrumpió la perorata del patrón. Era que Alfonso, completamente borracho, intentaba llegar hasta donde estaban los novios para desahogar de algún modo su contenida pasión. Pero otros peones le cogieron a pesar de los esfuerzos que el joven hacía por desasirse, se lo llevaron, no sin que Alfonso hubiera lanzado a los aires una tormenta de imprecaciones y de insultos.

Agustín, fruncido el ceño, interrogó a Eduardo, quien la miraba cínicamente:

—¿Quién era ése?

—Pues... Alfonso... El protegido de Antonio.

—Es un atrevido... ¿Quieres que le mande echar de la hacienda?

—No... —repuso Agustín, cambiando de expresión—. Está borracho... eso es todo. ¡A la juventud hay que disculparla, y sigamos la fiesta en paz!

Y llenando una copa, la ofreció a Teresa, que le contemplaba con cierto temor reflejado en sus pupilas.

—Por ti, esposa mía, que has venido a traer la felicidad en mi casa...

Y tomando al propio tiempo otra copa, brindó mientras todos sus invitados seguían su ejemplo.

UN HIJO

Un año ha transcurrido desde aquella fiesta y nunca se había respirado tanta felicidad y tanto sosiego en la hacienda de Agustín. Parece como si Teresa hubiera cambiado muchas cosas y muchas personas, y en realidad, mucho de ello ha conseguido su exquisita comprensión y su fina espiritualidad. Agus-

tín sólo vive para su esposa, y no cabe duda de que ella le corresponde, atraída por la bondad y la sencillez de su antiguo patrón.

Y ahora se acerca el momento cumbre de la vida de Agustín. Va a ser padre. El Cielo ha escuchado sus súplicas, y Teresa, asistida por el buen doctor Sandoval, está a punto de dar a luz.

El nerviosismo de Agustín le obligaba a dar grandes paseos en torno a su despacho aguardando las noticias que con mucha frecuencia le traía Sandoval con una sonrisa de radiante satisfacción. Hasta que una de las veces, el rostro del doctor reflejó una alegría sin límites al anunciar:

—¡Varón! Es un varón... ¡Un hombrecito!

Agustín se lanzó en sus brazos con los ojos llenos de lágrimas:

—Bendito seas, Dios... ¿Y ella, cómo está Teresa?

—Muy bien, no te preocupes.

El feliz padre desasíase de los brazos del doctor:

—Voy a verla ahorita...

—Calma—objetó el médico, deteniéndolo—. Deja a las mujeres que están trajinando allá adentro. Por lo visto, tú crees que es verdad eso de la cigüeña que llega, deja el muchacho y se larga simplemente. ¡No, viejo! Esto es más complicado de lo que parece...

Agustín no cabía en sí de gozo.

—¿Te imaginas, Antonio? —exclamó dirigiéndose al padre de Teresa, que compartía el entusiasmo del nuevo padre—. ¡Un chamaco! Creo que me voy a volver loco... Un hombrecito... ¿Para qué les cuento la clase de hombrecito que va a ser? Porque eso sí, tiene que ser ranchero y de los buenos... Como su padre, aunque me esté mal el decirlo...

Sonriente, Sandoval se acercó a la puerta de la recámara y entreabriéndola miró al interior. Luego se volvió hacia Agustín y le permitió entrar. Y Agustín, descubriendo al tierno infante junto a su querida esposa que lo contemplaba sonriente, creyó que iba a desfallecer de tanta felicidad.

LA TRAICION VELA

La belleza de Teresa se hizo más majestuosa, más serena aún con la maternidad. Su magnífica presencia y su señorío llenaban de admiración respetuosa a todos los hombres de la hacienda. A todos menos a uno.

Pues Eduardo, sin respeto a lo humano ni a lo divino, seguía merodeando la casa de su tío, con la secreta esperanza de que la ocasión oportuna le llevara, más pronto o más tarde, a la plena satisfacción de sus inconfesables apetitos.

Teresa lo adivinaba y rehula su contacto. Pero aquella tarde la cosa sobrevino tan de improviso que ella no pudo evitar el sostener una conversación con el administrador.

Hallábase junto a la ventana cosiendo la ropita del niño, cuando se abrió la puerta y Eduardo entró con paso decidido y con una voz que quería parecer amable pero que en los oídos de la joven sonaba a hipocresía y a repugnante doblez, dijo:

—Buenas tardes, tía Teresa.

Ella contestó con una inclinación de cabeza y siguió trabajando.

—¿Puedo sentarme un ratito?... Vengo deshecho.

—Siéntese... A mí no me molesta...

—¿Y el niño?

—Dormido.

Eduardo lanzó una significativa mirada en torno suyo que habría hecho estremecer a Teresa de haberla sorprendido.

—¿Está mi tío en la recámara?

—Salió desde temprano... Creí que usted le habría visto.

Hubo entonces una larga pausa. Eduardo se acercó algo más a la silla de Teresa, y bajando la voz insinuó:

—¿Cuándo quieres que platiquemos un poco?

Y como ella tratara de disimular, él habló sin tapujos con una enorme rabia en la mirada.

—Ya sabes lo que quiero decir. Platicar a solas, para decirte lo de siempre... Que ya no puedo más... Que estoy desesperado por ti... Que tienes que quererme.

Una inmensa repugnancia se transparentó en el rostro de Teresa.

—¿Quererla? ¿A usted?

—Sí, a mí, que desde que llegué a la hacienda te vengo suplicando, te vengo rogando...

—Lo que ha hecho usted desde que llegó a la hacienda es proponerme que cometa una mala acción... Y si cuando estaba soltera y libre usted me daba miedo, ahora que estoy casada y casada con su tío, me da usted asco.

Eduardo dió un salto en su asiento.

—¡No me hagas desatinar, Teresa!...

—Me tiene sin cuidado... Lo único que le suplico es que sea ésta la última conversación que tengamos... Ya que se empeña en no respetarme, respete por lo menos a mi esposo, que ha sido más que un padre para usted...

—Eres una hipócrita, y nada más que eso...

—¡Basta!— exclamó Teresa, levantándose airada—. Por muy humilde que me haya conocido y por muy baja que me crea, no puedo consentirle que me siga hablando de esta forma...

Eduardo, exasperado, la fulminó con la mirada:

—Pues ya sabes el remedio...

—Sí, lo sé. Contárselo todo a mi esposo.

Una carcajada irónica fué la contestación a estas palabras de la joven.

—¡Ja, ja. ¡Cuéntaselo! Cuando él me reclame, yo también le diré que tuviste la culpa de todo... Ya veremos a quién hace más caso.

Diciendo esto, Eduardo se abalanzó hacia Teresa, y ésta, alarmada, inició un retroceso hacia la recámara. Pero en aquel instante escuchóse fuera la voz de Agustín.

Inmediatamente el patrón penetraba en la habitación donde acababa de desarrollarse la desagradable escena. Por un instante Teresa pensó en contárselo todo a su marido, pero la clínica mirada de Eduardo la desarmó y manifestó a Agustín que Eduardo quería ver al niño.

—¿Y por qué diablos están los dos tan serios? —inquirió Agustín, notando algo raro en la expresión de ambos.

—Esa Teresa que no me quiere dejar ver el chamaco... Parece que tenga miedo que le haga mal de ojo...

Agustín, carifoso como siempre con su mujercita, se le acercó y acarició su cabellera unos instantes.

—No seas tonta, mujer. Por donde quiera que lo mires, Eduardo es como otro hijo mío... Tienes que permitirle que vea a su hermanito...

Y ya dentro de la cámara donde el niño dormía tranquilamente, Agustín, enternecido por la contemplación de su retoño, pasó un brazo por la cintura a Teresa y la atrajo hacia sí, hablándole con infinita ternura:

—Nadie sabe—dijo—la felicidad tan grande que los dos me han traído. No podría pagarla con una vida, pero con la vida la defendería.

Y en la penumbra, la cinica sonrisa del administrador adquiría livideces satánicas. El se vengaría, que no lo dudara nadie.

Pero los meses fueron pasando rápidamente, y lo cierto es que Eduardo, cobarde como buen hipócrita, no se atrevió a insistir cerca de la joven madre, cuya energía y valor había tenido ocasión de comprobar más de una vez.

Cuatro años se deslizaron apacibles en la hacienda de Agustín, hasta que un día, un hecho, al parecer insignificante, volvió las cosas a sus antiguos cauces para terminar desencadenando una tragedia espantosa, que había de cambiar los destinos de muchas vidas.

El niño Agustinito no quería dormirse si su madre no le cantaba una canción de cuna, y ella finalmente accedió a sus deseos, como terminaba haciendo casi siempre. El doctor Sandoval sonreía complacido de aquel cuadro encantador, pero su sonrisa se trocó en asombro cuando Teresa empezó a cantar, pues su voz espléndida y muy bien timbrada entonaba aquella canción de cuna con tal ternura y sentimiento que el viejo sentía cómo sus ojos se humedecían por la emoción.

Y por lo visto la sorpresa no fué menor para Agustín, quien en aquel momento acababa de penetrar silenciosamente en la estancia, y encantado susurraba a oídos de Sandoval:

—¿Pero qué es esto, médico?

El aludido sonrió:

—¡Una voz maravillosa, sencillamente!

—¡Mira que es esto grande! Cómo es posible que al cabo de los años me venga yo a enterar de esto... Porque esto es precioso... Vale la pena cuidarlo, pulir esta voz...

—Tienes razón... Pero veremos qué opina ella.

Abrióse en aquel momento la puerta de la recámara y Teresa los miró a los dos algo sorprendida mientras Agustín, amenazándola cómicamente con el índice, decía:

—Venga usted acá, jovencita, que tenemos que hablar muy seriamente. Conque cantando como ya quisieran hacerlo los ángeles y uno aquí como el que chifló en la loma, ¿eh?

—Válgame Dios — protestó ella, avergonzada —. Ustedes quieren burlarse de mí...

—Nada de eso, Teresa... Tan hermosa tienes la voz y tan en serio te hablamos que estoy dispuesto, si tú quieres, a traerte de Méjico o de donde sea un maestro para que estudies canto.

Ella, sorprendida, empezó protestando un poco, pero finalmente accedió:

—Bueno... Como tú quieras... Pero apenas dos o tres cancioncitas...

—Aquí tienes todo el tiempo disponible que te dé la gana, mujer...

—Pues yo digo lo que tú digas, Agustín!

—Entonces no hay más que hablar... En la hacienda no falta quién le dé a la vihuela y escogeremos el mejor.

La mala suerte de Teresa quiso que en aquel instante entrara Eduardo por aquella puerta y que siguiendo en el mismo tema, Agustín le interrogara:

—Por cierto, Eduardo... ¿Qué tal eres tú para la guitarra?

Extrañado el administrador demostró su asombro ante la extraña pregunta, y al mismo tiempo Teresa hizo un gesto de desagrado que nadie advirtió.

—¿Para la guitarra?... ¿De qué se trata?

—Bueno, en serio, muchacho. Mañana te enteras cuál de los nuestros la maneja bien, para que venga a enseñar a Teresa.

La reacción de Eduardo no se hizo esperar. Y una maligna

sonrisa floreció en sus labios al darse cuenta de que por fin la ocasión esperada durante tanto tiempo se le ofrecía propicia, para que su meditada venganza pudiera convertirse en realidad.

Agustín se acercó afable a Teresa, y ésta le tomó suavemente del brazo.

—¿Te parece bien que venga ese muchacho, querida?

Ella sostuvo impasible la retadora mirada de Eduardo, y llena de seguridad en sí misma contestó rápidamente:

—Sí. ¡Que venga!

—Ya lo oyes, Eduardo. Ponte de acuerdo con él para que se dé su vuelta por aquí en las horas que tenga libres. Entérate bien de lo que quiere cobrar y no le regatees nada. ¿Estás contenta, Teresa?

—Mucho, Agustín... ¡Eres muy bueno!...

Mientras se alejaba, la expresión de Eduardo no era precisamente tranquilizadora, y tanta era su rabia al darse cuenta de que Teresa no era la débil mujer que él había jurado humillar a toda costa, que mordióse los labios hasta hacerse sangre; pero, a pesar de todo, él se saldría con la suya, ya se la pagaría Teresa con todo su despreciativo orgullo.

Al día siguiente, Alfonso, por encargo del administrador, se presentó en la hacienda llevando su guitarra bajo el brazo. Un alud de confusos pensamientos llenó su mente durante varias horas al escuchar de labios de Eduardo cuál iba a ser su misión con respecto a Teresa. Pero sacando fuerzas de flaqueza se propuso firmemente hacer honor a la confianza que su patrón le otorgaba, y pensó que al fin y al cabo así tendría el privilegio de volver a ver con más frecuencia a la que un día fuera dueña y señora de sus pensamientos y a la cual respetaba profundamente aunque no por ello había olvidado lo que para su corazón había representado en un pasado que ya se le antojaba remoto.

Teresa le recibió un tanto ruborizada, pero su rostro no transparentó la emoción que la embargaba al encontrarse de nuevo con el hombre que tanto la había querido.

Y las lecciones de guitarra y canto se iniciaron acto seguido. A partir de aquel día, cada mañana Alfonso acudía a la hacienda, y casi siempre en presencia del pequeño Agustínito, que correteaba entretenido con sus juguetes, profesor y discípula se

esmeraban en conseguir rápidos progresos, y en verdad que don Agustín no podía quejarse, porque en muy pocas semanas Teresa adquirió una respetable seguridad en sus canciones y también en el rasgueo del melodioso instrumento de cuerda.

Un día, Teresa, cansada de repetir un acorde que no le salía, entregó la guitarra a su maestro, exclamando:

—¡Ya me cansé!...

—Pero... Tan linda que es esta canción... Otros quince días y ya sabes tanto como yo...

—Anda tú... Con que no se me olvide lo poco que aprendí, me doy por satisfecha.

Alfonso se levantó, dando por terminada la lección.

—Ya me voy...

—¿Tanta prisa tienes?

El se encogió de hombros bajando la vista:

—¡Me están esperando los amigos!... Vamos a ir al pueblo.

—¿Tienen parranda acaso?

—¡Qué parranda con el quehacer que hay mañana!...

—Bueno... Pues si tienes mucha prisa, vete... A ver qué día tienes tiempo y platicamos recordando lo mucho que antes me hacías enojar...

Alfonso cambió de expresión y su mirada se hizo grave y profunda.

—Cómo puedes creer que me pase a olvidar... Pero entonces tú y yo éramos iguales, Teresa...

—Y ahora también—repuso ella muy seria,

Una leve sonrisa melancólica se dibujó en el rostro del peón.

—Ahora tú eres una señora y yo soy el mismo de antes...

—Mira, mejor que te marches... Me hablas como si te doliera mucho el que haya tenido un poco de suerte:

—Pues sí... Para qué negarlo, Teresa... Me dolió porque te quería...

Tras una breve pausa ella contestó:

—¡Ya lo sé!... Pero si quieres que seamos amigos, si quieres darme alguna alegría viniendo a verme de vez en cuando, tienes que olvidarlo.

En aquel momento, Agustínito corrió a buscar su pelota, que había ido a parar a los pies de Alfonso, y entonces él y ella coin-

cidieron en sus miradas al tierno infante, y aquello fué como un signo de advertencia, y Teresa adoptó un aire indiferente para preguntar:

—¿Qué andas haciendo ahora?

—Andamos bajando ganado del monte de las cruces.

—¿Les falta mucho?

—Reteharto... Está muy trabajoso aquello...

—Voy a ver si un día les calgo por allá...

—No lo hagas, Teresa. Tú sola no puedes ir. A cada paso salen los tigrillos...

Ella lanzó al aire una sonora carcajada:

—No vayas a creer... Todavía me acuerdo cuando andaba con mi padre por todos esos cerros. Y nada de que le tuviera miedo al tigre, ni a los coyotes, ni a ningún bicho...

Alfonso sonrió jovial, ya desaparecida la tensión de unos minutos antes, y se alejó no sin recomendar a Teresa que repasara la lección que acababa de darle, y Agustinito despidióle con un sonoro beso en la mejilla curtida.

LA TRAGEDIA

Había empezado a diluviar a media tarde y parecía que el mismo cielo había de desplomarse sobre la tierra a juzgar por la cantidad de relámpagos y truenos que desgarraban las murallas de negros nubarrones en lo alto.

En el ambiente, cargado de electricidad, se advertían siniestros presagios, y en sus establos los caballos relinchaban como asustados por una oscura amenaza que se cernía sobre sus cabezas.

En pleno atardecer llegó a la hacienda don Agustín. Entró en el patio a todo galope y desmontó ágil ante la misma puerta de su casa mientras un peón salió corriendo y se dispuso a hacerse cargo del caballo.

Sacudiéndose la lluvia que le empapaba, el patrón entró en la casa. La criada santiguóse alarmada, al verle tan calado:

—¡Válgame! Pero si viene usted toditito empapado, patrón...

El sonrió sin muchas ganas:

—Es que eso no es un chaparrón... Es una grosería...

Agustinito se colgó del cuello de su padre, preguntando:

—¿No trajiste a mamá?

Al oír estas palabras, Agustín interrumpió su arreglo y miró seriamente a la criada:

—¿Es que no está la señora?

—No, señor. Todavía no regresó...

—¿Y puede saberse adónde fué?—inquirió Agustín, ya del todo alarmado.

—Quién sabe, patrón... Estos días andaba diciendo que tenía ganas de ir al Monte de las Cruces a ver el ganado que estaban bajando su padre y los otros...

—¿Al Monte de las Cruces y sola? ¡Qué barbaridad! Esta muchacha ha perdido el juicio... A ver, muchacha... Llámame a Eduardo.

—Tampoco está, señor—confesó la criada.

—Bueno, a quien sea... Que vengan todos... Diles que tenemos que salir inmediatamente a buscar a la señora...

—Sí, señor—murmuró la sirvienta, alejándose a cumplir las órdenes del patrón.

Y Agustinito, a quien no había pasado inadvertida la congoja del padre, exclamó:

—¿Se perdió mamá?

Agustín lo tranquilizó con unas palmaditas cariñosas:

—¡No, hijito!... Ahorita la traigo... Tú ve a acostarte muy seriecito para que mamá te encuentre dormido y no se enoje...

Y Agustín, después de besar a su retoño, salió a reunirse con sus peones para partir en busca de Teresa.

Ya la noche cerrada partieron los jinetes provistos de sendas linternas, y con toda precaución fueron caminando y registrando los senderos y los caminos del bosque y de la montaña, sin resultado alguno...

Sólo el trueno contestó a las voces de Agustín y los suyos, que a cada minuto sentían crecer su ansia.

Durante toda la noche siguió la infructuosa búsqueda, y así llegaron los jinetes al Monte de las Cruces, sin haber descubierto el menor rastro de la patrona.

En llegando a la cumbre, Agustín oteó a un lado y otro con desaliento, y luego movió lentamente la cabeza:

—Vámonos a regresarnos—dijo—. ¡Es imposible que ya no esté en la casa!...

Y poco a poco, las linternas se fueron perdiendo en la obscuridad.

Llegados de nuevo a la hacienda, Agustín mandó levantar a todos los hombres y, reuniéndoles en el despacho, les habló con voz llena de emoción:

—Que dejen las labores en todos los sitios, y que todo el mundo se dedique a buscar a la señora... Registren bien las barrancas, las cuevas y cualquier jacal que se encuentren por el monte. No importa el tiempo que dilaten... El caso es que la busquen por todas partes... A ver cómo lo hacen para organizarse en cuadrillas y salir en seguida para amanecer en el monte... ¡Ya pueden irse!

Silenciosamente, los peones fueron saliendo del despacho. Cuando Agustín se quedó solo, dejóse caer en el sillón, apoyó los codos en el escritorio, y hundió la cabeza entre las manos...

Poco minutos hacía que se hallaba en esta posición cuando la puerta se abrió y apareció Eduardo, quien llevaba una cicatriz en la frente. Al verlo, Agustín se irguió, preguntando con ansiedad:

—¿Qué pasó contigo?... ¿De dónde vienes?...

—Pues... me agarró el agua más allá de las Tres Cumbres... Y estuve casi toda la noche metido en una cueva esperando que pasara...

—¿Ya te dijeron que Teresa no aparece?

—¡Por Dios! ¿Y cómo es, eso?—dijo Eduardo con asombro.

—Dicen que salió esta tarde para el Monte de las Cruces, y quién sabe qué fué de ella... yo salí con algunos peones a buscarla por aquel rumbo... y nada. Estoy desesperado, Eduardo...

—¿Saldrán a seguir buscándola ahora en la madrugada, verdad?

—Sí. Ya les di esa orden a todos...

—Entonces, me voy con ellos...

—No, Eduardo... Tú y yo iremos juntos.

—Como usted disponga...

Quince horas más tarde, Agustín y Eduardo regresaban de nuevo con las manos vacías, y el corazón de Agustín se hallaba aun más vacío que sus manos cuando penetró en su despacho con paso vacilante.

Sandoval, que se encontraba allí contándole historias al niño, se adelantó hacia su amigo y le puso la mano sobre el hombro, solicitando:

—¿Qué pasa, Agustín? ¿Qué es lo que me han contado? ¿Es cierto que Teresa ha desaparecido?

El rostro de Agustín se hizo más sombrío todavía, casi repulsivo al contestar:

—Es cierto... Mejor dicho... se ha fugado.

—¿Qué estás diciendo, hombre de Dios?

—La verdad. Se ha fugado con Alfonso... Su antiguo amante al parecer.

En los ojos de Sandoval brilló un relámpago de ira:

—No, no es posible... No lo creo.

—Tampoco quisiera yo creerlo, Sandoval. Pero el caso es que los dos no aparecen por ninguna parte.

—Eso no quiere decir nada... ¡Pudieron haber sufrido algún accidente!

Agustín negó con la cabeza:

—Los hubiéramos encontrado vivos o muertos. No ha quedado un solo metro de terreno sin registrar en todos estos alrededores.

A todo esto, el niño, dándose cuenta de que algo anormal sucedía en torno suyo, se acercó a su padre solicitando con tristeza:

—¿No ha vuelto mamá?

El patrón contempló al niño con infinito desconsuelo, al propio tiempo que le acariciaba con ternura:

—No, hijito... Tu mamá no volverá con nosotros... Ya no nos quiere... Es una mala mujer —añadió rechinando los dientes mientras en su rostro se operaba una tremenda transformación.

Sandoval le reprendió levantando la voz hasta gritar:

—¡No le digas barbaridades al muchacho, Agustín!

—Y qué voy a decirle... ¿Qué diablos le dirías tú?

—Nada, Agustín. Si desgraciadamente es cierto que Teresa te abandonó, piensa tú lo que quieras, pero deja que el niño conserve el mejor recuerdo de ella... Enseñarle a que la odie sería un crimen...

Agustín tuvo en aquel instante una violenta reacción de desesperación:

—¡Y pensar que fui yo mismo el que los junté otra vez! ¿Qué imbécil fui!

—Vamos, Agustín, cálmate—aconsejó el médico.

Pero Agustín siguió en su soliloquio, ausente de cuanto le rodeaba:

—Fue el engaño de aquella voz... La ilusión de que ella cantara.

E interrumpiéndose de pronto, se dirigió a Eduardo, que había entrado hacia poco y que contemplaba la escena en silencio:

—¡Oyeme una cosa!... Desde hoy no quiero que en todo el término de la hacienda suene una guitarra ni se escuche una canción... Se lo haces saber a todos y al que desobedezca lo corres sin más contemplaciones...

Sandoval trató de intervenir:

—Escúchame, Agustín...

—Déjame. Aquí soy el amo. De modo que ya lo sabéis, esta orden tiene que cumplirse cueste lo que cueste... Y al que no le guste que se vaya, que se vayan todos, que me dejen solo...

Desesperadamente, Agustín tomó en brazos a su hijo y rompió a llorar mientras repetía entre sollozos:

—Solos, hijito... ¡Solos!

QUINCE AÑOS MÁS TARDE

El tiempo cicatriza todas las heridas, hasta las del alma. Aunque siempre queda la señal sangrienta de lo que sucedió y que «no se podrá olvidar jamás».

Así, con el transcurso de los años, la tragedia de Agustín fué diluyéndose en la niebla de los recuerdos, y el buen hombre aprendió a consolarse de todo lo sucedido con la presencia y la bondad de su hijo, que como decía él en más de una ocasión, «había salido al padre en todos».

Notablemente envejecido, Agustín conservaba aún una apariencia de fortaleza física, que no era solamente apariencia. Junto con su hijo recorría los lugares más apartados de la hacienda, y hasta intervenía en las faenas más pesadas si alguna vez lo consideraba necesario. Entre padre e hijo existía una admirable confianza, y el joven Agustín sentía por su padre un amor tanto más comprensible teniendo en cuenta que el viejo había procurado por todos los medios hacer cerca de su hijo las veces de padre y madre al propio tiempo.

Aquella mañana estaban almorzando ambos en el comedor cuando el hijo preguntó:

—¿Cuándo regresa Eduardo, papá?

Agustín sonrió irónico:

—¡Quién sabe! ¡Ese, cuando va a Méjico, no tiene para cuándo volver!... ¡Parece que le duermen por allá!...

Agustinito lanzó una carcajada juvenil y fresca al escuchar esto:

—Es que sabe que para los asuntos de la hacienda ya tiene en quién descansar...

Agustín no pudo disimular su complacencia ante el comentario.

—¿Es que tú te crees ya un ranchero de verdad?

—Pues... tan bueno como tú ni como Eduardo, no. Pero ahí

le hago la luchita. Ten en cuenta que este año los campos mejores y que produjeron más fueron los que yo sembré...

Agustín rectificó sonriendo:

—Dirás los que sembraron los peones...

—Sí, claro... Como lo han hecho siempre en la hacienda. No me vayas a decir que tú con tus propias manos preparabas la tierra y sembrabas... ¡Lo hacían los peones dirigidos por ti!

—Es verdad.

—Igualito que yo. Y no me preguntas qué tal lo hago... Con la boca abierta se queda mi gente cuando yo empiezo a dar órdenes...

—Cállate, no seas fatuo...

—A poco que no te gusta que tu hijo sea un campesinote de esos que saben hasta sembrar sin semilla...

—Lo que no me gusta es que seas presumido... En el campo nadie es bueno ni nadie es malo... Todo está a la voluntad de Dios...

—Eso sí es cierto, padre...

La puerta del comedor se abrió lentamente, y apareció en la pieza el viejo doctor Sandoval, quien a pesar de sus achaques y sus niveas canas conservaba aún aquel buen humor que siempre fué su más esencial característica.

Al darse cuenta de que padre e hijo acababan de almorzar, sonrió diciendo:

—¡Más vale llegar a tiempo que ser convidado!...

Un abrazo de Agustín lo respondió...

—No me abras tan fuerte que me sacas todos los huesos de lugar...

—¿De veras quieres comer?—preguntó Agustín, riendo.

—No, gracias, ya comí. Además me acaban de dar una noticia no muy agradable que digamos.

—¿Cuál es si puede saberse?

—Pues que «El Sapo» ya ha vuelto a las andadas.

—¿Pero ya salió de la cárcel?

—¡Qué cárcel! Si no lo detuvieron nunca...

—Mal asunto—comentó el patrón—. Ya vamos a tener de vuelta la intranquilidad, el no andar seguro por ningún camino, y los robos de ganado...



Teresa cantó una bella canción, mientras se iban acercando a la hacienda.



Algunos corazones tristes se complacieron haciéndola beber hasta que su entendimiento se nubló.



Alfonso era un buen muchacho y desde su infancia había alimentado en su corazón un sincero sentimiento hacia Teresa.



Pero otros peones lo cogieron y a pesar de sus esfuerzos se lo llevaron...



— Bueno, Alfonso — dijo ella haciendo un gracioso mohín. — ¡Ya es hora de que te vayas!



— Se ha fugado con Alfonso... Su antiguo amante al parecer,



— Has de saber, muchacha — dijo Eduardo —, que ya siempre consigo lo que quiero.



— Quiero aprender a tocar, pese a quien pese.



Aquella noche, frente a la ventana de Teresa, se oyó un prolongado rasgueo de guitarra.



Durante meses y meses Agustín se ejercitó en el manejo de la guitarra.



— ¡Tu madre nos ha abandonado!



— Si vuelves a repetir esto, te mato, ¿lo oyes?



— Es una guitarra ¿verdad? ¿Quién tocaba?



— Yo quiero hablar con «El Sapo».



— Ten cuidado con lo que dices. ¡Aquí el que manda soy yo!



— No se preocupe. No le va a pasar nada.

El joven, acodado en la mesa, avanzó la cabeza con manifiesto interés:

—¿Quién es ese «Sapo»?

—Hijo, simplemente una mala cabeza que quien sabe de dónde vino... Empezó sus fechorías hace muchos años... Eras tú muy chamaco...

El doctor, pensativo, rascóse la cabeza, tratando de recordar:

—Sí... Fué a los pocos meses de...

—¡Sandoval!—reprenió Agustín, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Es verdad—se excusó el médico—. ¡Perdona!

Agustinito, extrañado del giro que había tomado la conversación, terminó el incidente con un comentario casi jocoso:

—Pues que se presente no más... Que aquí tenemos con qué quererlo...

Sandoval se le burló ostensiblemente:

—Bah... El día que lo veas no paras de correr hasta la frontera...

Pero ya el padre intervino con grave gesto:

—Lo mejor en estos casos es no hacer comentarios... Porque donde menos se piensa hay un espía... Uno que va con chismes y cuantos y luego es cuando vienen las venganzas...

—Tienes razón, viejo...

Pero Agustinito no quería dar su brazo a torcer y añadió con arrogancia:

—¡Pero si viene por aquí, ni modo que nos dejemos!...

—Oye, hijo... El hombre es esclavo de las circunstancias... Cuando llegue el momento, ya veremos lo que se hace...

—Tienes razón, padre—terminó Agustinito, levantándose de la mesa y despidiéndose cariñosamente de ambos ancianos.

Cuando éstos quedaron solos en el comedor, Sandoval comentó, sonriente:

—Está hecho un toro mi ahijado...

—Y tú, antes andabas metiendo la pata... Si no te llamo la atención armas un lío.

Sandoval se rascó la cabeza con gesto compungido:

—Pues, viejo... Si no es hoy será mañana. Algún día tiene que saber el muchacho la historia de su madre...

El rostro de Agustín se endureció de pronto:

—No. ¡Por lo menos mientras yo viva o algo muy grave me obligue a contársela!...

Y pasándose la mano por la frente, como para alejar de sí tristes pensamientos:

—Vamos a hablar de otra cosa—dijo—. ¿Es cierto que «El Sapo» viene por estos rumbos?

—Es más que cierto. Ya anda por aquí... Ahora tú sabes lo que hace... No quise decir esto delante de tu hijo.

—Pues a ver qué dispone Dios... Creo que Eduardo ha de llegar mañana o pasado, y él se encargará de que a la hora estemos preparados.

Efectivamente, al siguiente día Eduardo regresó de la ciudad, y tan pronto Agustín se enteró de su llegada, fuése corriendo a verle, pues le había encargado varias cosas que por lo visto le interesaban extraordinariamente.

Encontró al administrador deshaciendo su equipaje y tras de abrazarle cordialmente, el muchacho sentóse en la cama y dedicóse a contemplar con curiosidad infantil los objetos que Eduardo iba sacando de su voluminosa maleta de cuero.

De pronto Eduardo sonrió comprensivo y le entregó un paquetito:

—Aquí tienes tus corbatas...

Pero no era aquello lo que tanto esperaba el joven, y poniéndose serio, inquirió mirando fijamente a su interlocutor:

—¿Qué hubo con las revistas y los libros?

Eduardo se encogió de hombros:

—Ni le alegues... Ya te dije muchas veces que yo no quiero pleitos con tu padre.

—Pero ¿por qué pleitos?—repitió Agustín con enojo.

—Por lo que sea... Aquí nadie manda más que él y no hay más remedio que obedecer.

Airado, el joven se levantó de la cama y dió una patada en el suelo:

—Esto sí que es grande... Voy a estar siempre hecho un imbécil, sin saber apenas que lo poco que mi padrino me enseñó...

Eduardo esbozó una sonrisa desagradable.

—Pues así es la vida, muchacho.

—¡No!—replicó Agustín—. La vida no es así, y tú lo sabes mejor que yo... Pero quién sabe por qué a los veinte años me siguen tratando como a un chiquillo... No he salido nunca de estos contornos. Mi padre me tiene prohibido ir al pueblo, y no puedo dar un paso sin que alguno vaya conmigo...

—Son manías del viejo, hombre...

—Qué van a ser manías... Yo sé que en otras partes la gente se divierte, y aquí no... ¡He leído que hay canciones y música y yo no sé lo que es eso!...

Eduardo cerró la maleta y se dirigió al otro extremo de la pieza, diciendo:

—Pues, ni modo, chico... Ordenes son órdenes...

—Y yo lo que quiero que me digas es el por qué de esas órdenes...

—No puedo.

—¿Pero lo sabes?...

Y en la interrogación del joven había tanto asombro como rebeldía.

—Sí, lo sé—concedió el administrador.

—Muy bien... Hasta ahora nunca dije nada, ni quise saber de estas cosas... He obedecido en todo a mi padre y a ti... Pero ya soy un hombre que trabajo como el mejor en lo que me enseñaron, y quiero que me consideres como a un hombre.

Y tras de una pequeña pausa, Agustín añadió con firmeza:

—Si tú no puedes decirme nada, alguno me lo dirá...

Eduardo meneó la cabeza dubitativamente:

—Si ese alguno es de esta hacienda, puede costarle el trabajo y tal vez algo más que no se recupera nunca...

Pero estaba visto que Agustín no se daba por vencido, y así lo demostró cuando mirando frente a frente a Eduardo, prometió:

—¡Pues, se lo preguntaré a mi padre!

Eduardo pareció asustarse de tal idea.

—¡Le darías un disgusto que no te perdonaría nunca!

Pero la expresión de Agustín demostraba claramente que había tomado una decisión y que la mantendría a costa de todo.

Apenas habían pasado tres horas después de esta conversación del joven con Eduardo, cuando Agustín divisó a su padre

que, montado a caballo, se hallaba presenciando la faena de los peones. Sin perder un instante, el muchacho montó en su potro y picó espuelas en dirección a su padre, dispuesto a plantearle el espinoso problema.

Don Agustín sonrió al ver llegar a su hijo, y sin notar nada de anormal en él le comunicó, satisfecho del éxito de la faena:

—Esto va muy bien... Voy a llegarme hasta Rancho Prieto... Tú, si quieres, date una vuelta por el pinar a ver cómo marcha aquello...

Y Agustiniño sintió cómo las palabras que llevaba preparadas se le helaban en los labios mientras respondía tan sólo:

—Está bueno, papá, voy en seguida.

Y se alejó indignado contra sí mismo por no haber sabido encauzar las cosas adecuadamente. Puso su caballo al trote y con una revuelta maraña de ideas en el cerebro encaminóse hacia el lugar que su padre le había indicado.

Y hacía como unos diez minutos que cabalgaba por el llano, cuando unos extraños sonidos llamaron su atención.

Unos melodiosos sonidos que no se parecían en nada a cuanto él había oído hasta aquel instante. Detuvo la cabalgadura y escuchó perplejo.

—Sí, no había la menor duda. Aquello tenía que ser música, y ahora incluso distingue unas bien timbradas voces que acompañaban la dulce canción de unos desconocidos instrumentos.

Espoleó de nuevo el caballo y se dirigió velozmente hacia los matorrales de donde parecían salir aquellos sonos, mientras su pecho se llenaba de amables presentimientos.

Efectivamente, se trataba de un grupo de peones que alrededor de un buen fuego cocinaban unas sabrosas tortillas mientras uno de ellos con gran precaución, como si estuviera cometiendo una acción reprobable, rasgueaba una guitarra entre la alegría general. Uno de los peones se había destacado algo del grupo para vigilar el llano y avisar a los demás de la posible cercanía de algún intruso o sopión que pudiera atraer sobre ellos la cólera del patrón. Pero el tal vigía no había sabido resistir el encanto de las dulces melodías, y había olvidado ya por completo cuál era su misión para entregarse de lleno a la caricia de las

casí olvidadas canciones que en otro tiempo sonaban con tanta frecuencia en el lugar.

Y así sucedió que Agustín pudo acercarse hasta el grupo sin ser descubierto.

Como extasiado, el muchacho descabalgó con precaución y muy despacio se acercó al fuego procurando no hacer el menor ruido. En su rostro la emoción y la satisfacción se unían dándole una expresión poco menos que radiante.

De pronto, el vigia se levantó de un salto y se encontró de manos a boca con Agustín, quien rápidamente le hizo una seña indicándole que debía guardar silencio. Pero el peón, asustado, no le hizo caso.

—¡Agua!...—gritó, atemorizado— ¡Agua!

Todos miraron asustados en su dirección. Algunos se levantaron, otros trataron de hacer desaparecer la guitarra envoltviéndola en unos sarapes. Pero Agustín, con gesto tranquilizador y sin abandonar su sonrisa llegó hasta ellos:

Pedro, el peón que tocaba la guitarra, bajó los ojos avergonzado y no se atrevió a levantar la cabeza.

Con gesto amistoso y tranquilizador, Agustín exclamó:

—¿Qué, pues, muchachos?

Silencio absoluto. Nadie se atrevió a contestar. Pero el joven insistió:

—Era una guitarra, ¿verdad?... ¿Quién tocaba?

Y al no recibir contestación, Agustín hizo un gesto de impaciencia:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no contestan? ¡Pregunto que quién tocaba!

Pedro se puso de pie y le miró fijamente:

—Yo. No vayas a regañar a los muchachos, que no tienen culpa...

Agustín le dió un golpe amistoso en el pecho:

—No seas memo... Lo que quiero es que sigas tocando...

Pedro le miró sorprendido, y un poco asustado por la idea.

—Yo creo que lo mejor es que lo dejemos, Agustín... ¡Si nos caen estando tú puede que sea peor!...

Pero ya Agustín se había sentado junto al fuego.

—Ahora no me vas a dejar encampanado, siendo la primera

vaz que pigo cantar y tocar... Además, el que nos caiga no se va a comer a nadie... Yo también mando aquí...

Un murmullo de simpatía corrió entre los peones, y después de mirarlos a todos con cierta perplejidad, Pedro se dió por vencido, y sacando la guitarra de entre los sarapes se dispuso a tocar.

Cuando las primeras notas brotaron del instrumento y las voces de los peones se hermanaron mágicamente con ellas en una verdadera cascada de armonías, los ojos de Agustín se humedecieron levemente, y una indefinible sensación se posesionó de todo su ser. Una extraña felicidad le envolvió durante unos minutos, y el muchacho probó entonces una incomparable emoción estética que le dejó completamente embebido en la música.

Como una centella, por su mente pasó una idea:

—Quiero aprender a tocar. ¡He de saber cantar!

Y a partir de aquel momento, con la temerosa complicidad del puen Pedro, Agustín aprovechó cualquier momento que le dejara libre su faena para unirse al peón guitarrista y aprender de su boca y de sus manos los misteriosos secretos de aquel arte incomparable que hasta entonces le había sido extrañamente, incomprensiblemente vedado.

En graneros, establos, cabañas o en cualquier otro rincón solitario, durante meses y meses Agustín se ejercitó en el rasgueo de la guitarra hasta lograr convertirse en un consumado maestro.

Una noche, en el cuarto de Pedro, Agustín, sentado a los pies de la cama, cantaba y tocaba con actitud soñadora. Pedro, tumbado en el lecho con las manos bajo la nuca, escuchaba atentamente al hijo del patrón que tanta seguridad había llegado a adquirir en el difícil arte. Y el miserable cuartucho, alumbrado por un simple cabo de vela, se enriquecía bajo la dulzura y el sentimiento que emanaban de la amorosa canción.

Con el último acorde, Agustín lanzó un profundo suspiro.

—¡Cómo se puede pasar a creer que mi padre, que es tan bueno, le tenga tanto odio a esto que es tan bello!...

Pedro frunció el ceño al contestar:

—¡Ve tú a saber... Apenas era yo un chilpayate, ya me dijeron que el patrón era capaz de entrarle a tiros al que se encontrara cantando o rasgueando la guitarra!...

—Pero... ¿Por qué... por qué?

El peón se encogió de hombros:

—Manías no más, hombre...

Pero la expresión del rostro de Agustín se puso sombrío y protestó, enérgico:

—¡No! Mi padre es cualquier cosa menos caprichoso... Eso tiene que ser por algo, por algo que le haya llegado al alma...

Si en aquel momento Pedro hubiera mirado hacia la ventana, gran parte de su tranquilidad habría desaparecido instantáneamente.

Y no le hubiera faltado razón para ello, pues amparado en la penumbra de la noche, el maligno rostro de Eduardo se había recortado unos momentos sobre el alféizar. Y su expresión no hacía presagiar nada bueno.

PADRE E HIJO

—Lo que tú debiste hacer fué avisarme en seguida, como era tu obligación... —casi gritaba media hora después de la escena anterior el patrón encarado con Eduardo, quien acababa de darle cuenta de lo que había visto.

—Quise evitarle a usted un disgusto... Creí que no sería más que un capricho que se le iba a pasar pronto...

—¡Claro! Y esperaste hasta que la cosa ya no tuvo remedio... —Pero entonces se produjo un cambio en su mirada, y Agustín rectificó enérgico—: Es decir, sí que lo tiene... Lo va a tener inmediatamente. ¡Aquí mando yo, y el que no esté conforme con mis órdenes, sepa que el mundo es muy grande.

Fué entonces cuando la puerta se abrió y Agustín, afable y sonriente, preguntó:

—¿Me mandaste llamar, padre?

Don Agustín le miró duramente en silencio:

—Acabo de enterarme de que te has atrevido a desobedecer mis órdenes...

La sorpresa se retrató en el rostro del joven:

—¿Yo? ¿Cuáles órdenes?

—Tengo terminantemente prohibido que dentro de los límites de la hacienda nadie toque la guitarra ni cante una canción...

El muchacho intentó protestar:

—A mi nunca me hablaste de esa prohibición... Pero ya que se trata de eso, permíteme que te diga con todo respeto que esa orden es inhumana... Nadie tiene derecho a privar de la alegría a los demás...

Furioso al verse discutido, Agustín fulminó a su hijo:

—¡Tú no tienes que discutir lo que yo mando!...

—Yo no lo discuto... Pero cuando me enseñaste a trabajar te gustaba que te preguntara el por qué de todas las cosas... Decías que así me daba cuenta de lo que estaba haciendo... Y creo que ahora no me negarás el derecho de saber por qué nos condenaste a todos a la tristeza...

Pero Agustín no era hombre que diera fácilmente su brazo a torcer:

—No me da la gana... Lo mando yo y nadie tiene que alegar nada...

—Está bien, papá—repuso el muchacho, algo sorprendido de la brutalidad de la contestación paterna—. No podía imaginarme que con algo tan hermoso podía hacerse tanto daño...

—Cállate... Y vete de aquí inmediatamente...

La tormenta de sus amargos recuerdos desendendándose en la mente del desdichado Agustín nubló sus ojos, y así sucedió que hubo de dejarse caer en un sillón escondiendo la cara entre las manos. Eduardo hizo una seña al muchacho indicándole que se fuera, pero Agustín ahora ya sinceramente emocionado, de ver el efecto desproporcionado que todo aquello había causado a su padre, se le acercó cariñoso...

—¡Padre!—exclamó—. No es justo que si tú tienes una pena la compartas conmigo.

Un puñetazo de Agustín sobre la mesa precedió a estas palabras:

—¡Que te vayas he dicho!

Pero si el padre era firme y obstinado, no lo era menos el muchacho:

—¡Ya me voy, papá... pero me iré de la hacienda también! Tú sabes que siempre hice lo que me mandaste... ¡Pero ahora que, gracias a esto que tú odias tanto, he visto la vida de otra manera, prefiero marcharme!...

—¡Pero qué estás diciendo!—gritó el padre levantándose.

—Que me gusta la música, padre... Que todo lo que dicen las canciones que me enseñaron es lo que yo pienso y quiero...

Exasperado, Agustín sacudió a su hijo, tomándole de las solapas:

—Si vuelves a repetir esto, te mato... Te mato, ¿lo oyes? Como debí matar a tu madre antes de darle ocasión a que me traicionara, cuando fui tan imbécil de consentir que aprendiera esa música que ahora parece que tú llevas en la sangre como una maldición...

El joven, al oír aquellas frases, palideció ostensiblemente. No esperaba que su rebeldía pudiera causar tanto efecto, y por ello, consciente de su culpa, bajó los ojos y dijo:

—Perdóname, papá... Ya que tanto te disgusta, voy a olvidarme de todo... Pero tú también vas a decirme ahora mismo que mi madre no fué una mala mujer... Que tú no quieres que yo borre el santo recuerdo que de ella tengo...

Pero Agustín, en voz baja, como escupiendo las palabras, sostuvo:

—Lo que he dicho es verdad... Tu madre me abandonó... Nos abandonó para fugarse con el hombre que la conquistó con la mentira de sus canciones... Ahora ya sabes el por qué de mi odio... Ya sabes por qué quiero arrancarte del alma esa maldita afición...

Pero el muchacho tenía los ojos arrasados en lágrimas y su mirada brillaba con más fuerza que nunca:

—Por un momento estuve dispuesto a obedecerte, papá... ¡Pero ya, no! Sería tanto como unirme a ti en el aborrecimiento que sientes por mi madre, y eso yo no puedo hacerlo... ¡Buena o mala, es mi madre!

Don Agustín lanzó a su hijo una mirada de desafío:

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

—No necesitas recordármelo.

—Pero sí quiero recordarte que si sales de esta casa, es para siempre...

El joven asintió con tristeza:

—Para siempre será... Aunque quisiéramos, ya no podríamos vivir juntos... No seré un hombre de campo, pero puede que llegue a ser lo que mi madre hubiera querido que fuera...

Y dichas estas palabras, Agustinito salió del despacho pisando con fuerza.

—¡Ingrato!—se lamentó el patrón—. Ese es el pago que me da después de tanto como me sacrificqué por él...

Eduardo creyó llegado el momento de atizar el fuego echándole más leña y añadió como comentario:

—Hace tiempo que Agustín no es el mismo de antes... Está demasiado creído...

—Pues vaya bendito de Dios... Y entérate cuándo se marcha para hacerme cuenta de que se ha muerto... Y desde mañana haré cargo de todo el trabajo, que al fin y al cabo, la hacienda es para ti el día que yo falte... Tu cariño es el único que me queda en el mundo...

Eduardo tomó entre sus mano la diestra del patrón y confirmó, servil:

—Y puede contar siempre con él aunque ni me dé usted nada... Aun puede arreglarse todo, tío...

El patrón negó rotundamente:

—Qué poco me conoces... En cuanto Agustín se vaya, te llegas al pueblo y avisas al notario que me traiga todos mis papeles... Y que venga el doctor Sandoval también... Quiero que wpa por qué cambio el testamento a favor tuyo...

Un gesto de triunfo transparentó en el rostro de Eduardo:

—Como usted disponga... Pero... al doctor no creo que haya necesidad de decirle nada... Nunca me tuvo buena voluntad y no vaya a creer que me lo ando sonzucando a usted...

Agustín se encogió de hombros:

—Haz lo que quieras... De todas maneras, nadie me va a cambiar de idea.

Saliendo de allí, Eduardo se sintió feliz por primera vez en

su vida. Un odio sordo contra el muchacho reventaba en sus pupilas, proporcionándole la íntima satisfacción de haber sido más inteligente que cuantos le rodeaban. Sólo faltaba darle el último toque a su obra, y para lograrlo, se encaminó a la habitación del muchacho, quien a la sazón estaba conversando con su fiel Pedro.

Tan pronto entró, con aire compungido, Eduardo manifestó al mozo que había intentado por todos los medios obtenerle el perdón paterno.

—Pero, ya te digo. Por más que le rogué, no hubo modo. Ya conoces al viejo. Cuando dice «esta mula es macho», no hay quien se lo quite de la cabeza.

—Te agradezco que hayas mediado, Eduardo—dijo Agustín—. Pero yo también tengo mi carácter. Al cabo, nos vamos para alcanzar el tren de las nueve, y a ver qué dice Dios.

Eduardo lo miró con fingida admiración.

—En medio de todo, creo que haces bien. A veces, es bueno que los viejos sepan que el hombre está dispuesto dondequiera que vive. ¡Si yo tuviera tus años, me largaba contigo!

Agustín intentó sonreír a pesar de que se sentía terriblemente triste.

—Si sirvo para cantar, yo te aseguro que no me muero de hambre. Y me llevo a Pedro antes de que le corran. Yo tuve la culpa de todo y no quiero que paguen justos por pecadores. Además conoce por allá, y de algo me ha de servir.

—¿Y cómo andas de dinero?

—No tengas cuidado. Tengo una pila de pesos que alcanzan para mucho tiempo.

—De todas maneras, si algo te hiciera falta, no más escribes...

—Gracias—cortó el joven con cierto orgullo—. Pero de aquí no quiero nada hasta que el viejo haya cambiado de parecer y me llame. Sobre todo hasta que no aclare bien lo de mi madre, ¡Quién sabe si no haya tenido ella la culpa!

Eduardo se revolvió algo nervioso.

—Esas cosas son muy delicadas, Agustín.

—Lo serán para los extraños. Pero yo tengo derecho a saber lo que haya de verdad, y lo sabré algún día.

HERIDAS DEL ALMA

Marchó Agustín a la ciudad, y los meses empezaron a transcurrir con una desesperante monotonía para el padre. Apenas su hijo le hubo abandonado, ya Agustín se dio cuenta de que había cometido un imperdonable error tratándole de aquella forma y negándole la reposada explicación a que tenía derecho. Pero su amor propio le impedía reconocer plenamente su culpa, y así, Agustín empezó a languidecer en su soledad; de tal manera, que envejeció prematuramente, y él, que siempre había gozado de una envidiable salud, se vio torturado con continuos achaques que le hicieron aún la vida más amarga.

Un día, mandó a Eduardo a la ciudad para que se enterara del paradero del añorado hijo, y unos días más tarde, Eduardo regresó asegurando no haberle encontrado ni haber sabido nada de él. Por cierto que el buen Sandoval no acababa de creer que tales pesquisas hubieran resultado infructuosas, y así se lo explicaba al doliente padre.

—¿Estás seguro de que Eduardo le buscó bien?

—No empieces con tus cosas, Sandoval.

—Ni tú con las tuyas, que yo no más te pregunto. Pero ya que sacaste a relucir «mis cosas», te diré que mi opinión es que Eduardo no tiene mucho interés en buscar a su primo.

—Por Dios, Sandoval... Eduardo sabe mejor que nadie lo desesperado que estoy, y no creo que tenga tan mal corazón como para tenerme en esta angustia.

—Yo tampoco lo creo, pero no tendría nada de particular... Esta cambiada que le diste al testamento es capaz de trastornar a cualquier hombre.

Agustín se quedó unos instantes pensativo.

—Si todo tuviera tan fácil remedio como esto.

—Pues cuanto antes, mejor.

—¡Si vieras que a veces tengo miedo de que «El Sapo» haya secuestrado al muchacho!

—No—le tranquilizó Sandoval—. Lo hubieras sabido en seguida. Cuando esas gentes secuestran a alguien, es para pedir rescate en seguida.

—Pero el caso es que no sé de mi hijo y estoy desesperado.

Lo que no sabía el atribulado padre era que su hijo, que, al fin y al cabo, le quería tiernamente a pesar de su genio, le había empezado a escribir al mes siguiente de haber abandonado la hacienda.

Y todas sus misivas, desde la primera hasta la última, habían sido interceptadas por el malvado Eduardo, quien había tenido buen cuidado en hacerlas desaparecer sin que quedara de ellas el menor rastro.

En una de las últimas, Agustínillo solicitaba el perdón paterno para regresar inmediatamente al lado del autor de sus días. Y aquella carta, más que ninguna otra, despertó de nuevo el maléfico rencor del traidor Eduardo, que se propuso terminar cuanto antes su comenzada obra demoledora.

AGUSTINILLO TRIUNFA

Eran tan relevantes las cualidades del muchacho para el arte, que apenas ingresó en el Conservatorio de México, todos los profesores se fijaron en él, dándose cuenta de que allí había madera de artista. Por otra parte, el gran aprovechamiento del joven y su extremada simpatía le granjearon la amistad de cuantos le conocieron. La única pena de Agustín era comprobar que todas sus cartas quedaban sin contestación y que sus filiales ruegos no habían logrado conmover aún el corazón de su padre. Pero él sabía que aquello sucedería más pronto o más tarde, y por

eso estudiaba con más ahínco, para poder demostrar a su regreso que era un hombre cabal en todos sentidos.

Y así, terminado aquel curso, obtuvo en el Conservatorio el Premio extraordinario, que en verdad había merecido por su esfuerzo.

—Si al menos este diploma sirviera para que mi padre me perdonara—le dijo al fiel Pedro, que no le había abandonado un solo instante desde que llegaron a la ciudad.

—¿Quién sabe, patrón!

—¿No hubo carta tampoco?

—¿Qué ha de haber! Ni que no conocieras a tu padre.

—Nunca creí que pudiera ser tan rencoroso. Más de veinte cartas le he escrito pidiéndole perdón, y ni se dió por enterado.

—Este capulín ya se heló, viejo. Hay que pensar cómo nos las vamos a averiguar por acá, porque lo ranchero ya se nos acabó.

—Y lo peor es que tampoco Eduardo escribe. No sé si mi padre está bien o está enfermo.

—Estará bien. Ya sabes que lo malo pronto se sabe.

Un gesto de desaliento se dibujó en la cara de Agustín.

—Y con este humor tengo que asistir a una fiesta esta noche.

—¿Hay, pues, guatequito, niño?—insinuó sonriente el antiguo peón.

—No es un guateque precisamente. Es una velada para los que terminaron y para los que sacamos las mejores calificaciones.

—¿Y qué pasó con Mariana?—inquirió confidencial Pedro. La expresión de Agustín se dulcificó al oír aquel nombre.

—Pues... también a ella le dieron su diploma.

—¿No te digo? ¡Esta chamaca y tú nacieron para vivir en el mismo jacal!

—No vayas a creer. Con esto de que no sé nada de mi padre, algunas veces, si no hubiera sido por ella, ya lo habría mandado todo al diablo.

Pedro sonrió paternal y comprensivo.

—Pues más vale, viejo. Si te cuadra la muchacha...

No se equivocaba Pedro. Mariana y Agustín no sólo se querían desde hacía bastante tiempo, sino que parecían haber nacido el uno para el otro, tan bien se comprendían ambos en las más pequeñas cosas. Aquella misma noche, durante la fiesta,

cuando, tras de haber bailado juntos hasta cansarse, se habían sentado en un acogedor banco del jardín, ella le había preguntado, como lo hacía casi a diario:

—¿No te ha escrito tu padre?

Y él, contemplando aquellos ojos claros y aquel perfecto óvalo del rostro femenino que más emoción le había hecho sentir, contestó tristemente:

—Ni una sola palabra.

—¿Y qué piensas hacer?

—Pues... no lo sé. Primero quisiera que me dijeras si estás dispuesta a casarte conmigo, sin fijarte en que hasta ahora no tengo más que proyectos y muchas ganas de ser algo en la vida.

—Ya sabes que te quiero mucho, Agustín —respondió ella dulcemente—. Pero no quiero que le des otro disgusto a tu padre casándote sin su permiso.

—Pero, ¿cómo lo hago? Tú sabes que le escribo, y no hay forma de que me conteste.

Ella le tomó las manos.

—Vete a verle. Sí, y no me mires como asustado. Vete a verle. Es la única manera de que puedas arrojárselo todo.

Agustín la miró fijamente y ella sostuvo la mirada. Luego, el muchacho inclinó la cabeza.

—Eso es imposible —dijo con voz sorda y dolorida—. Tú no conoces a mi padre. Cuando me marché, me dijo que, si salía de la hacienda, tenía que ser para siempre. Y si ahora voy, me manda correr por los peones.

—¿Estás seguro, querido?

—Lo mejor es no correr el riesgo.

—Está bien —concluyó ella—. Yo no quiero obligarte. Pero cuando pienses en casarte conmigo, no te olvides que la primera condición es que hayas ido a pedir perdón a tu padre. Y fijate que no exijo que te perdone; únicamente quiero que vayas. Si él no quiere verte, por lo menos ya cumpliste.

Agustín demostró con un gesto el desaliento que le poseía.

—Pero, ¿cómo lo hago? ¿Cómo me presento?

—Pues eso lo sabrás mejor que yo.

Y después de unos momentos de silencio, Mariana añadió con los ojos iluminados por una feliz idea:

—¿Por qué no le escribes a tu primo Eduardo diciéndole que vás para que te prepare el terreno?

Sin duda que también le pareció buena la orientación al joven, porque sonrió satisfecho.

—¡Puede que tengas razón! —Y dijo a la muchacha bajando el tono de la voz y estrechándola entre sus brazos—: Pase lo que pase, te casarás conmigo.

Ella asintió enamorada y feliz.

—¡Pase lo que pase!

Huelga decir que aquella misma noche, al regresar a su alojamiento, Agustín hizo cuidadosamente el borrador de la carta, que a primera hora de la mañana del siguiente día partía con destino a la hacienda de su padre. En ella puso Agustín todas sus esperanzas de reconciliación, y así, el cariño y el más sincero arrepentimiento tenían su expresión diáfana en aquella misiva que, por desgracia para todos, don Agustín jamás llegaría a tener entre sus manos.

Desde hacía una semana, el patrón empeoraba a ojos vistas y sus fuerzas se iban perdiendo visiblemente. Lo peor del caso es que, además de la dolencia física que minaba su salud, otra dolencia moral, mucho más desgarradora, le arrebatava progresivamente el deseo de vivir, y el pobre viejo, convertido de su culpa en el asunto de su hijo, se torturaba sin descanso, y de nada servían las medicinas de todo género que el buen Sandoval le administraba con su acostumbrado celo.

Aquella mañana, el doctor y Eduardo se hallaban junto al lecho del enfermo, quien parecía hallarse más abatido que nunca, cuando una criada penetró en la alcoba con unas cartas y unos periódicos en la mano, anunciando:

—Es el correo, patrón.

Eduardo alargó la mano, y apoderándose de las cartas, reviólas rápida y nerviosamente mientras Sandoval se le acercaba curioso.

—¿Hay carta?—balbuceó don Agustín tratando de incorporarse en el lecho.

Eduardo entregó todas las cartas al médico, aunque no sin guardarse una de ellas en el bolsillo murmurando:

—Esta es para mí.

Con un enigmático gesto, Sandoval sostuvo la clínica mirada del administrador, y tras de haber examinado uno a uno todos los restantes sobres, los devolvió mientras respondía a su amigo:

—No hay carta, Agustín.

—¡Dios mío, qué castigo!—se desesperó el viejo.

—Vamos, querido. A lo mejor llega mañana.

Y añadió con clara intención, mirando de reojo a Eduardo:

—Ahora vendrá el notario, pones de vuelta las cosas en su lugar y verás cómo te sientes más tranquilo. Lo que tú tienes es remordimiento. Pero no hay mayor satisfacción para un hombre honrado que reparar una injusticia. ¿No es cierto, Eduardo?

El aludido fulminó al doctor con una traidora mirada de odio.

—Como usted lo dice, doctor. Pero si ustedes no me necesitan ahora, voy a darle una vuelta a la gente.

Pero la cólera más feroz anidaba en aquellos instantes en el corazón del hombre que había sido siempre el ángel malo de los habitantes de la hacienda. Debía encontrar una solución rápida al problema que se avecinaba, y la encontraría. Efectivamente, unas horas después, su decisión estaba tomada y, desde luego, era de las más viles que un ser humano habría podido concebir.

Cerrada ya la noche, Eduardo aguardaba impaciente en su despacho de la hacienda. De vez en cuando, miraba su reloj, haciendo gestos que denotaban su impaciencia. Al fin, un débil golpe sonó en la puerta, y acto seguido, un hombre con tipo de peón y fea catadura hizo su aparición.

Eduardo, al verle, sacó la cabeza por el pasillo para cerciorarse de que nadie podía escuchar lo que se iba a decir allí. Luego se acercó al recién llegado.

—¿Qué pasó?—inquirió interesado y avieso—. ¿Le viste?

—Sí, patrón. Dijo que le esperaba en el «jacal del difunto».

—¿A qué hora?

—Yo creo que ya debe estar allá.

—Bueno, pues pícale. Ensíllame un caballo y me esperas detrás del establo. Y ponte aguja, que no te vea nadie.

—Sí, patrón.

Obedeció el peón, saliendo tan cauteloso como había entrado.

Entonces, Eduardo, antes de marchar comprobó que don Agus-

tín y Sandoval dormían profundamente, y llegando al lugar indicado, montó en su caballo y pronto se perdió en la oscuridad de la noche sin luna.

Media hora más tarde descabalgaba frente al «jacal del difunto», y empujaba la débil puerta de cañas. En el interior, un farol colocado en el suelo y en uno de los rincones alumbraba tenuemente la estancia que se llenaba de misteriosas sombras. Eduardo se detuvo en el umbral, y un tanto sobrecogido ante aquel extraño silencio se llevó la mano al cinto, acariciando la pistola.

—¿No hay nadie aquí?—preguntó con tono firme.

Del rincón opuesto al del farol destacóse entonces una figura humana. Era un hombre de regular estatura, tocado con un sombrero charro y embozado en un sarape, que con voz bronca y destemplada interrogó:

—¿Es usted la persona que quiera hablar conmigo?

—Sí; es decir...—titubeó Eduardo—. Yo quiero hablar con...

—¡Con «El Sapo»! Dígame, que no es cosa que me moleste.

—Y... ¿Cómo puedo saber que es usted «El Sapo»?

Por toda contestación, «El Sapo» se desembarazó de su embozo, y Eduardo, que lo miraba atentamente, no pudo reprimir un gesto de espanto.

—Una cara horrible, si señor—exclamó el bandido—. Pero no tan horrible como la que va a poner el que tuvo la culpa de que yo esté así, cuando me presente a cobrarle esta pequeña deuda.

Eduardo, horrorizado aún ante aquel rostro monstruoso, dijo:

—¿Es posible que alguno lo haya puesto de esta forma?

—Es una historia muy vieja, señor. Pero, dígame para qué soy bueno.

Eduardo reaccionó al oír estas palabras y abordó el asunto que allí le llevó.

—Necesito que detenga a una persona y la tenga encerrada hasta que yo le avise. No sé si serán unos días o unas horas.

—Y cuando usted avise, ¿es para dejarle en completa libertad?

Cinicamente respondió Eduardo con una maligna sonrisa en sus labios:

—Podiera ser que sí.

—Quiero que me diga sí o no. Yo llevo hechas unas tarugadas por ahí, pero nunca maté a nadie. No me interesa más que uno, y éste no se me escapa.

—Pues, sí. Puede dejar en libertad a esa persona en cuanto reciba un aviso mío.

—¿Hombre o mujer?

«El Sapo» pareció reflexionar unos momentos.

—Un hombre.

—Está bueno. ¡Eso vale tres mil pesos!

Sin dejar de mirar fijamente a su interlocutor, Eduardo metió la mano en el bolsillo interior del saco y extrajo una cartera de la que sacó un fajo de billetes.

LA EMBOSCADA

Confiado en el efecto que produciría su carta en el administrador de la hacienda paterna y esperando que a su llegada a ella encontraría preparado el terreno para una reconciliación definitiva, Agustín no tardó muchas horas en ponerse en camino acompañado de su inseparable Pedro.

Atrás quedó la populosa urbe, atrás los interminables sembrados de maíz y los amables prados que tan bien conocían ambos, y a muy pocas horas de la hacienda se hallaban ya, cuando a la orilla de un camino y en terreno rodeado de tupido bosque, cuatro hombres armados les salieron al paso y les intimidaron a rendirse. Tanto Agustín como Pedro, instintivamente dieron vuelta a sus caballos y trataron de escapar, pero los bandidos, con un movimiento envolvente, les cercaron y pronto Agustín se vió incapacitado de huir, aunque por su parte Pedro, protegido por la obscuridad, hizo saltar a su caballo por un desmonte y logró desembarazarse de sus perseguidores, quienes con denues-

tos y blasfemias sin cuento regresaron al lugar donde estaba Agustín con los otros dos atacantes.

—¿Estás seguro de que es éste? — preguntó uno de ellos a otro bandido.

—Seguro. No más acuérdate de lo que dijo el jefe. Un ca-trincito con cara de escuintle. Y aquí lo tienes no más. El otro debía ser el caballerango.

Pues vámoslo picando, no sea que aquél se encuentre con gente por aquí y nos den una correteada.

—¡Ya! — rió el primero con cara poco tranquilizadora —. Que se presente alguno y le enseñaremos lo que es amar a Dios en tierra ajena.

—¡Píqueles, amigo! — le ordenó entonces a Agustín.

—¡No le pico nada! — se revolvió el muchacho —. Ustedes no tienen derecho a detenerme.

—Mire, muchacho, Nosotros tenemos que llevarlo de todas formas. De manera que póngase en razón y no se meta entre las patas de los caballos.

Y con la pistola prevenida, el bandido que había hablado púsose a cabalgar junto a Agustín para demostrarle que no bromeaba.

Minutos después, el grupo de jinetes penetraba en la cerca del jacal.

—¡Váyase apeando que ya estamos en casa! — se le ordenó a Agustín.

De mala gana, el muchacho obedeció, y acto seguido fué llevado a presencia del «Sapo», que se había embozado de nuevo. Los demás bandidos se alejaron llevándose las cabalgaduras, y en el interior del jacal quedaron los dos hombres contemplándose frente a frente.

—¿Lo que quiero saber es por qué se comete este abuso conmigo! — exclamó el joven.

—No se preocupe. No le va a pasar nada — comentó «El Sapo».

—¿A mí no me importa lo que me pase!

—Entonces, calma. Aquí se estará con nosotros un tiempo, y cuando yo le diga, podrá largarse. No se enoje y verá qué bien lo pesamos.

—Y acomódese aquí —añadió el bandido indicándole un tosco lecho que había junto a la pared.

Algo más tranquilo, Agustín indagó:

—¿No puedo saber lo que quieren ustedes de mí? Yo no tengo nada que puedan robarme.

Con su único ojo, «El Sapo» le miró fijamente.

—No le diga, que no más se va a estar un tiempito con nosotros. Tenga paciencia que todo llega en este mundo.

Unas horas después, Agustín se había convencido de que, efectivamente, aquellos malhechores no abrigaban tenebrosos proyectos contra su vida, y supuso que tan sólo tratarían de obtener un rescate en la hacienda de su padre. Sin embargo, la personalidad de aquel bandido que parecía el jefe y cuyo repugnante rostro parecía roído por algún mal terrible, le atraía inexplicablemente. «El Sapo», pensativo, miraba el fuego abstraída-mente desde hacía rato; todos los demás bandidos se habían envuelto en sus sarapes y dormían a pierna suelta dentro y fuera del jacal, y de pronto, el hombre de la cara monstruosa descolgó de un ángulo una guitarra y obtuvo de ella algunos acordes.

—Si no le gusta que toque, no más me dice —advirtió al muchacho.

—Haga lo que quiera —exclamó Agustín encogiéndose de hombros.

Y dibujando su rostro algo que parecía remotamente una sonrisa, «El Sapo» empezó a tocar. Al principio, Agustín apenas concedió importancia al rasgueo, pero poco a poco fué sintiéndose cautivado por la dulcísima melodía que fluía de aquellas mágicas cuerdas, hasta que por fin levantó la cabeza, y con los ojos muy abiertos quedó mirando al bandido y le agarró con fuerza de un brazo.

«El Sapo» muy serio, se desasió.

—¿Qué le pica, amigo?

—¡Por favor! —suplicó Agustín—. Dígame dónde aprendió esta canción. Dígame quién la cantaba.

—Quién iba a cantarla. Yo mismo.

—No —casi gritó el joven—. ¡Esa canción era de mi madre! Me la cantaba cuando yo era un niño. ¡Ahora lo recuerdo! Me

la cantaba con voz muy bella, y yo no podía dormirme sin escuchar esa canción que era como la más tierna caricia de ella.

«El Sapo» se incorporó en su asiento y levantó la cabeza bruscamente.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

—Agustín Mendoza.

«El Sapo» sofocó una exclamación de asombro.

—¿El hijo de don Agustín el de la hacienda «La Colondrina»?

—Sí. ¿Conoce usted a mi padre?

La voz del «Sapo» sonó ronca y apagada como un lamento.

—Sí, fué mi patrón.

Con interés creciente, Agustín se acercó al bandido y solicitó:

—¿Y también conoció a mi madre?

El rostro del «Sapo» se iluminó al evocar aquella figura incomparable.

—También. No hubo otra mujer más buena en el mundo. Por buena la mataron.

Agustín sintió cómo el color huía de su rostro y apretó los puños.

—¿Que la mataron? ¿Y quién fué?

—Eso no me lo pregunte. Nadie puede saberlo aún. Yo ya lo encontré.

Pero Agustín, ahora arrebolado y sintiéndose capaz de todo, decía:

—Yo, sí. Yo tengo que saberlo. Tiene usted que decirme quién fué para buscarle y arrancarle el corazón. Para decirle a mi padre que ella fué buena, y que no le abandonó. Dígamelo pronto, dígamelo.

«El Sapo» habló con reconcentrada rabia:

—Eso me toca a mí. Tiene que pagar aquel crimen y toda la rabia y todo el dolor que yo he sufrido en estos años. Yo era antes una persona como todas, un hombre honrado, y ahora soy un bandido. Pero hace años cuando eras un niño y me veías, no había para mí una sonrisa más linda que la tuya.

—Pero... ¿quién es usted?

—¿Yo?... ¡«El Sapo»!... Creí que ya lo sabías.

Agustín retrocedió un paso, asustado.

—¡«El Sapo»!

—Pero el bandido, sin hacerle caso, seguía hablando como entregado a sus propias reflexiones.

—En una hacienda de por estos rumbos, conocí una muchacha muy linda, que siempre pensé que algún día sería mi mujer... Pero la casaron con un rico y aguanté como los meros hombres vería vivir con otro... Luego se les antojó que yo le enseñara a tocar la guitarra... ¡Las horas que pasé al lado de aquella mujer, queriéndola mucho, pero respetándola mucho también... Fueron de una tortura atroz... ¡Pero había allí alguno que no sabía querer ni respetar, y éste fué la causa de la perdición de todos!...

Con la angustia reflejada en su semblante, Agustín interrogó:

—¿Quién era, por favor?

—Un día—siguió «El Sapo» sin contestarle—, un día quiso ella ir a ver cómo arreábamos ganado... Mandó que le ensillaran un caballo y allí se fué para el monte. Por el camino me la encontré yo, que venía a preparar un corral. Estábamos lejos de la hacienda y empezaba a descargar una tormenta de esas que lo arrasan todo. Nos metimos en un jacalito, y allí le arreglé un asiento para que descansara mientras pasaba el agua.

«Cuando regresé, el jacal era una pura hoguera... Sentía los gritos de la muchacha que me llamaba... Me metí por entre las llamas pero no pude dar con ella... Valía más que yo me hubiera quedado también allí—comentó tristemente «El Sapo».

—Pero, ¿cómo pudo incendiarse el jacal por todas partes?

—dijo Agustín con voz ahogada por la emoción.

—Porque le dieron toda la vuelta a caballo. Por eso salí yo al sentir pisadas a un lado y a otro. Sin saber lo que habían hecho, cuando vi que alguien escapaba me eché monte arriba a cortarle el camino. No pude alcanzarlo pero lo conocí y ya lo tengo. ¡Era don Eduardo!

Incrédulo, Agustín, mirando al «Sapo», movió negativamente la cabeza:

—Eduardo... ¡No!... Eso no puede ser... Usted se engañó... Eduardo no es un criminal.

—Lo sé. Estoy tan seguro que no quise matarle hasta que tu padre hubiera sabido lo que acabo de contarte. Ahora ¿o sabes tú y para el caso es lo mismo.

—Imposible... ¡No puedo creerlo!...

«El Sapo», sin abandonar su calma, concluyó:

—Yo te lo voy a demostrar. Ahora mismo nos vamos a la hacienda porque allí debe pasar algo... ¡Eduardo me pagó para que te detuviera!...

Agustín sintió que algo se desplomaba en su interior y empezó a ver claro.

Mientras, «El Sapo» despertaba a sus hombres, ordenando:

—¡A ensillar, como de rayo!

SE DESHACEN LAS TINIEBLAS

Poco se esperaba el malvado Eduardo los acontecimientos, funestos para él, que no habían de tardar en desarrollarse en la hacienda. En ella, el patrón iba perdiendo fuerzas a cada minuto, y el atribulado Sandoval se daba cuenta de que las últimas energías de aquel cuerpo gastado se estaban consumiendo.

De cuando en cuando, los mortecinos labios se entreabrían, y el enfermo murmuraba en continua obsesión:

—Mi muchacho... ¿Dónde está mi muchacho?

—Ya no puede tardar. Ten ánimo—aconsejaba Sandoval, emocionado.

—Quiero verle... Siento que me muero... Quiero ver a mi muchacho...

Mientras, en su despacho, el administrador se encontraba con una peligrosa complicación con la que no había contado.

Pedro, que habiendo conseguido huir de los bandidos había llegado sudoroso y jadeante a la hacienda, trataba de convencer a Eduardo para que se acudiera inmediatamente en socorro de su amo.

—Pues yo lo siento...—se excusaba el malvado—. Pero ahora ni modo. El viejo se está acabando y lo primero es atender las cosas de aquí...

Pedro se revolvía nervioso, sin explicarse la posición del administrador ante la urgencia del caso:

—Pero es que si ahora se junta una partida de gente, podemos traerlo para que vea vivo a su padre.

—¿Y se puede saber dónde le buscas, viejo?

—¡Registraremos bien por todas partes!...

—¡Ah!... Como serás tarugo... Cuando cargaron con él es señal que quieren dinero por soltarlo... Y están buenas las cosas para encontrar luego un montón de pesos. Ten calma, hombre. Mañana veremos qué se puede hacer.

—¡Pero patrón!...—protestaba aún el fiel criado.

—Bueno, basta. No muelas más con Agustín. Si quieres, véte a buscarlo tú solo. Pero déjame en paz, que tengo cosas más importantes en que pensar.

—Está bueno. Pero no me grite, porque no soy peón de esta hacienda.

Eduardo explotó con los nervios hechos trizas:

—¡Pues ya te estás largando inmediatamente!

—Bien... Pero usted no es el amo... A mí no me echa más que don Agustín y su hijo.

Fruncido el ceño, Eduardo llevóse lentamente la mano a la pistola.

—¡Ten mucho cuidado con lo que dices!... Aquí el que manda soy yo... Y te vas porque yo quiero, antes de que te meta dos plomazos.

Ante aquella absurda amenaza, Pedro le miró un instante, y después, despacio, dirigióse a la puerta, salió, mientras sonriendo al malvado administrador enfundaba la pistola.

Aquella noche don Agustín pareció experimentar una ligera mejoría.

Sandoval, que no se separaba un momento de la cabecera de su cama, le administró un fuerte calmante, y así el enfermo reposó durante varias horas, con lo cual sus decaídas fuerzas parecieron reanimarse un tanto.

Cuando despertó Agustín, Sandoval le administró otra nueva dosis del inofensivo medicamento, que tanto bien le hacía.

—Vamos, Agustín—conminó cariñoso—. Otra cucharadita.

—¡Ya todo sale sobrando, Sandoval!—se lamentó el enfermo.

—Andale, andale... Que a ti te gusta mucho que te despa-chen...

Entonces Agustín accedió, tomó la cucharada de medicina y acto seguido Sandoval le volvió a acostar, y luego se frotó las manos con satisfacción:

—Ajá... Al ratito le doy otra cucharadita y va a pasar la noche como un canónigo.

—¡Que Dios te oiga!—comentó Agustín, que aun no se había dormido.

Eduardo entró en aquel instante, y en voz baja preguntó al médico:

—¿Cómo ha seguido?

—No tan bien como yo quisiera—contestó también en voz baja Sandoval— Pero él tampoco me ayuda porque no se da el ánimo que necesita.

—Ya ve usted qué trastorno más grande por culpa de ese muchacho caprichoso...

Y ni siquiera entonces Eduardo acertaba a desterrar de su aviesa mirada el odio que sentía hacia aquel joven inocente que había venido a perturbar sus planes en el momento más crítico.

En el exterior se oyó ruido de un tropel de caballos, deteniéndose.

Y como si presintiera de quiénes se trataba, Eduardo reaccionó con furia, mientras el afable rostro del médico se iluminaba.

Por su parte, Agustín, que también lo había oído todo, trató de incorporarse en el lecho, exclamando:

—Es mi hijo... Es mi hijo...

Pero Sandoval, que deseaba evitarle toda excitación inútil que en su estado hubiera podido serle fatal, procuraba calmarle, aunque también él sentía una gran fiebre interior que le tenía en suspenso.

Eduardo, como una bestia acorralada, desenfundó la pistola, y con una mirada de loco desfigurando su rostro, salió del cuarto.

Por el corredor venía corriendo ya Agustínillo, deteniéndose a tocar en cada una de las puertas que hallaba a su paso mientras llamaba con alteradas voces a su querido padre.

De pronto, Eduardo, apareciendo, trató de encañonar al muchacho, pero éste consiguió darle un fuerte golpe que le hizo

retroceder y caer, y sin concederle más importancia continuó corriendo en busca de su padre.

Pero Eduardo, en el paroxismo del furor, se incorporó de nuevo, y ya levantaba la pistola para descargarla sobre el indefenso Agustinito, cuando en el fondo del corredor escuchóse la bronca voz del «Sapo»:

—¡Tira aquí, cobarde!...

Rápidamente, el administrador dió media vuelta y disparó. Pero a su disparo siguieron otros, que salieron de la pistola del bandido, y Eduardo, herido por varias balas en el vientre, hizo un gesto de dolor y soltando la pistola cayó muerto.

«El Sapo», también herido, pistola en mano aún, se acercó al muerto, y con un gesto de supremo desprecio le escupió en el rostro.

Luego, siguió por donde Agustín había desaparecido, caminando trabajosamente y apoyándose en las paredes del corredor.

Cuando los disparos retumbaron en la casa, Agustinito se encontraba estrechamente abrazado a su padre quien por su parte no se atrevía a dar crédito a sus sentidos, tanta era la felicidad que le inundaba y que parecía devolverle milagrosamente las fuerzas que ya creía perdidas.

—¡Dios mío!—exclamó el doctor al escuchar las detonaciones. Agustinito trató de incorporarse, alarmado:

—Déjame, papá... Voy a ver...

Pero el médico lo aferró del brazo, impidiéndoselo:

—¡No!... Si Eduardo está vivo, ¡te mata!...

Pero en aquel instante, la puerta se abrió y apareció en el cuarto la figura tambaleante del «Sapo», quien avanzó lentamente hasta la cama, desde la cual don Agustín le miraba perplejo.

La desfigurada boca del bandido se despegó con visible esfuerzo, y con una voz rota y apagada, como de ultratumba, «El Sapo» emitió unas palabras, que debían ser las últimas que saldrían de sus labios:

—¡Patrón!... ¡El... la... mató!...

Después de aquel supremo esfuerzo su mirada se hizo vidriosa y de pronto su cuerpo se dobló y cayó pesadamente al suelo para no levantarse más.

Sandoval y el joven corrieron hacia él, y el doctor, arrodillándose junto al inmóvil cuerpo, comprobó en seguida que era ya cadáver.

Mientras, don Agustín trataba de darse cuenta del significado de aquellas extrañas palabras, y con voz débil preguntaba:

—¿Quién es, Agustín?... ¿Qué fué lo que quiso decir?...

Con los ojos velados por la emoción el muchacho regresó junto al lecho paterno y tomó entre las suyas las manos del anciano:

—Ya te lo contaré, papá—dijo Agustín—, En medio de toda la tristeza será algo que te devuelva la tranquilidad...

E inclinando la cabeza sobre el regazo del autor de sus días, el excelente muchacho dejó correr sus lágrimas en las que también había mucha felicidad gracias al sacrificio de aquel hombre que yacía en el suelo de la alcoba.

EPILOGO

Como muchos años atrás, el patio de la hacienda se hallaba adornado para una fiesta grande.

Todos los peones y muchachas del lugar vestían sus mejores galas, y desde las primeras horas de la mañana iban llegando a la hacienda en carretas llenas de flores y en potros ricamente enjaezados. Parecía que la paz y la alegría—tantos años ausentes de la comarca— habían decidido posesionarse de nuevo de todos los corazones, y en confirmación de ello, todos los ojos brillaban felices, y hasta el mismo sol parecía más esplendoroso que nunca en los celajes.

De pronto, en la puerta principal apareció don Agustín vestido con un magnífico traje negro y dándole el brazo a la bella novia. Como si se hubiera repuesto completamente de su dolencia, sonreía satisfecho mientras la emoción animaba sus ojos, y en su mente se rememoraba otra escena muy semejante a aquella que muchos años antes había transcurrido en aquel mismo lugar, y de la cual él había sido el protagonista.

Pocos pasos más atrás el novio lucía un deslumbrante traje mejicano bordado en plata, y en su brazo se apoyaba el buen médico de la familia, Sandoval, quien a duras penas podía contener las lágrimas de felicidad que asomaban a sus ojos.

Disponíanse ya a penetrar en la escalinata de la iglesia, cuando Pedro, al frente de un grupo de peones, se destacó de los demás, y pulsando con sincera emoción las cuerdas de su guitarra, empezó a cantar, coreado por sus acompañantes:

«Palomita, ya vamos llegando
a la iglesia de Nuestro Señor...

La comitiva, exactamente igual que en aquella otra ocasión, se detuvo y todos se volvieron mientras un murmullo de simpatía se escapaba de todas las bocas.

Y entonces se produjo el hecho insólito que todos los de la hacienda recordarian siempre con lágrimas en los ojos.

Don Agustín, visiblemente enternecido, contempló a cuantos le rodeaban, y con el pensamiento fijo en aquella mujer que tanto había amado y con cuya memoria tan injusto había sido durante tanto tiempo, rompió a cantar.

Y su voz, como en un verdadero milagro de amor, potente y juvenil como si fuera la de un muchacho, se destacó hasta el final de la canción por encima de todas las demás, llena de dulzura y de melancolía.

Canções de la película "Una canción en la noche"

EL MALA SUERTE

(de Cortázar y Galindo)

Nací pidiendo a la vida
algo que nunca me dió,
una ilusión muy querida
que a otro le concedió.

La vida me dió esa suerte
y nunca me la cambió;
voy a jugar con la muerte
pa ver si le gano yo...
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! qué mala suerte
fué por quererte y por tu amor.
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! qué mala suerte,
no he do perderte... ¡Lo juro yo!
Los ojos que yo persigo
dicen que tienen guardián,
pero han de verse conmigo
no más en mi se verán,
Me dicen el «Mala Suerte»,
puede que tengan razón...
Pero antes que yo perderte
me parten el corazón.
¡Ay!..., etc.
¡Jugué al as contra la sota;
la sota nunca salió,
mi mala suerte fué rota
no más porque quise yo...
Los hombres pa ser cabales
su suerte deben retar,
hacer a un lado rivales,
¡si pierden, arrebatar!
¡Ay!..., etc.

¡BONITO QUERER!

(de Cortazar y Galindo)

Me puse espuelas de plata
y chaparreras de cuero
y un anillo en la corbata
que me dió la que yo quiero.

Su nombre tenía grabado
con una fecha querida,
como estoy enamorado
por ella yo doy la vida.
¡Qué bonito... qué bonito!
es querer como yo quiero,
ser dueño de unos ojitos
que saben mirar sincero.
De tarde sale el lucero,
de noche sale la luna.
La mujer que yo prefiero
no se parece a ninguna.
La vi bajar a la fuente
y nuestros ojos se vieron
y con amor suficiente
nuestras dos vidas se unieron.
¡Qué bonito..., etc.

LA CANCION DEL CAMINO

(de Cortazar y Galindo)

- Lejos, se oye el cantar de un vaquero
Ay, laralá... ay, laralá...
- El: Yo no creía en los milagros
y hoy los tengo que creer.
Vinieron los Reyes Magos
y me dieron un querer.
El más bonito milagro
quererte siempre, mujer...
- Ella: Los magos son hechicerós
y en ellos no hay que confiar,
pues los hay muy traicioneros
que gozan con engañar

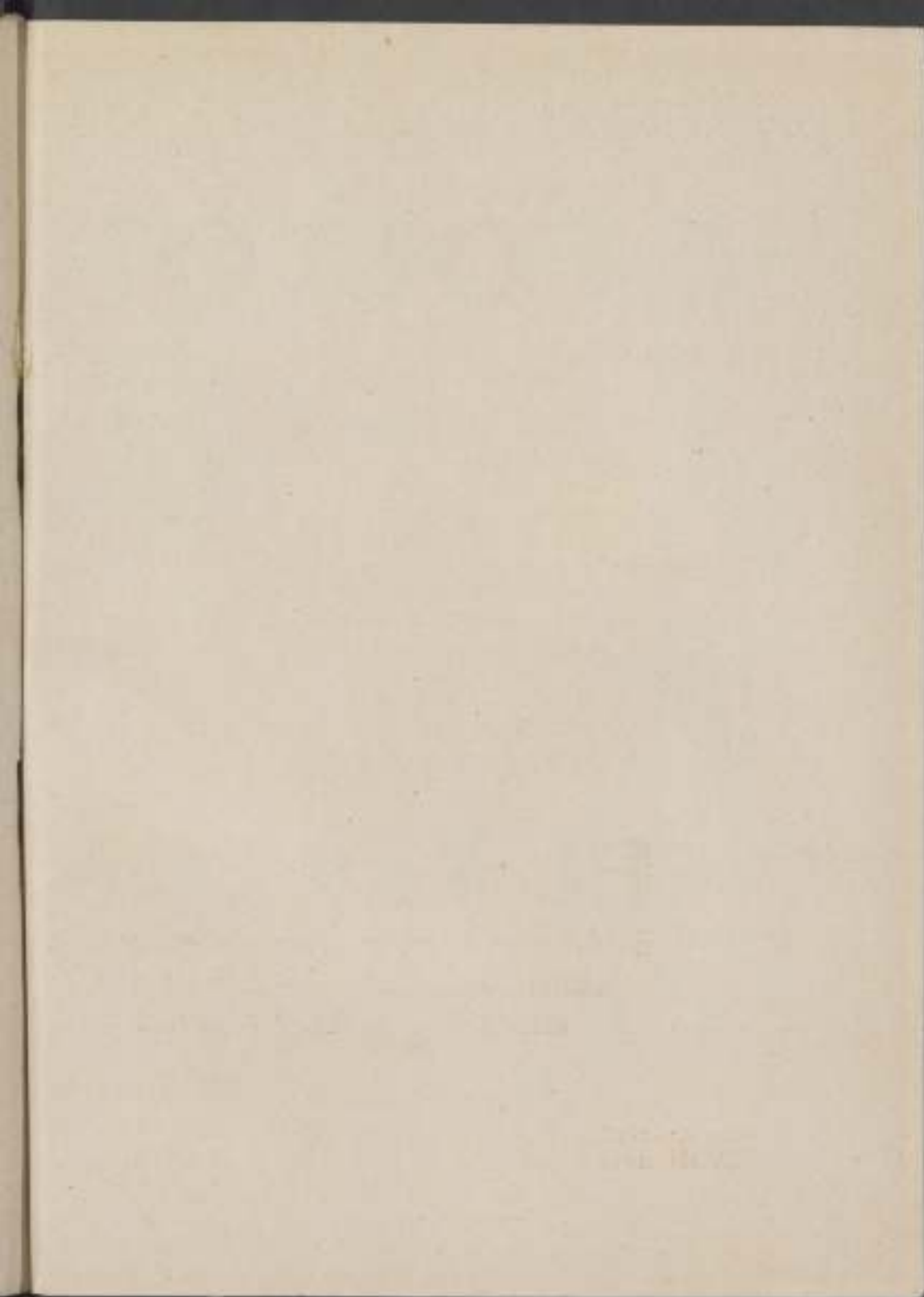
con términos lisonjeros
para después castigar...

El: Como soy hombre de campo
conozco dónde sembrar.
Una mujer es mi encanto,
mas no la quiero nombrar,
con mirarla digo tanto
que no tengo ni que hablar...

Coro: Me gusta el hombre de campo
y no lo puedo negar,
si ese hombre me quiere tanto
como lo suele afirmar
para él tengo amor y canto
por si lo quiere tomar...

Vaquero: Muchos dimes y diretes
Que sí sí... o que si no,
siempre es el mismo sainete,
primero tú, después yo...
y el hombre paga el paquete
por zoquete... y lambiscón...
Un vaquero lejano,
Ay, larálá... ay, larálá...

FIN



Leyendo siempre EL FOLLON
de risas darás un millón.

EL FOLLON

La publicación de abracadabrante humorismo

Dibujantes: MONTAÑOLA
MALLOL
MESTRES
JUAN DIEGO
CEDO

Literatos: PEREZ DE MURO
SALVINO PANIAGUA
FEDERICO ELIAS
JUAN TRULLAS etc.

EL FOLLON

Eufórico y optimista, eminentemente
descacharrante y de fina ironía,
armará EL FOLLON padre

Si humor quieres tener
EL FOLLON debes leer.

DOS pesetas

4 ptas.